Tomo XVI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 11

San José, Costa Rica **1928** Sábado 17 de Marzo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Hispanidad

=De *Síntesis*. Buenos Aires=




DIGO Hispanidad y no Españolidad para atenerme al viejo concepto histórico-geográfico de Hispania, que abarca toda la Península Ibérica, la Iberia occidental—porque hubo otra, la oriental—el extremo Occidente y que acaso por ello, pues los extremos se tocan, tocó al extremo Oriente. Recuérdese que los portugueses, los extremos occidentales de nuestro extremo Occidente, los que no han visto sino ponerse al sol sobre su mar nativo, se fueron, mar tenebroso adelante, a ver salir el sol sobre él, a crear un Imperio del Sol Naciente. Y tras ellos Colón, el judío, al servicio de Castilla, la de tierra adentro, se fué por el poniente a buscar la tierra del sol naciente. Y dió con las Indias Occidentales. ¿Occidentales?

Digo Hispanidad y no Españolidad para incluir a todos los linajes, a todas las razas espirituales, a las que ha hecho el alma terrena—terrosa sería acaso mejor—y a la vez celeste de Hispania, de Hesperia, de la Península del Sol Poniente, entre ellos a nuestros orientales hispánicos, a los levantinos, a los de lengua catalana, a los que fueron, cara al sol que nace, a la conquista del Ducado de Atenas.

Y quiero decir con Hispanidad una categoría histórica, por lo tanto espiritual, que ha hecho, en unidad, el alma de un territorio con sus contrastes y contradicciones interiores. Porque no hay unidad viva si no encierra contraposiciones íntimas, luchas intestinas. Y la única guerra fecunda es la guerra civil, la de Caín y Abel, la de Esau y Jacob, la guerra no ya hermanal sino mellizal.

Un territorio tiene un alma, un alma que se hizo por los hombres que dió a luz del cielo. Y cuando un territorio como es el de Hispania está fraguado de íntimas contraposiciones, obra de Dios, sus hijos son hijos de contraposición. Tienen el alma de Job.

En pocos pueblos la tierra, la divina tierra—o, si se quiere, demoníaca; es lo mismo—ha dejado más hondo cuño que en los pueblos que ha fraguado Hispania. Waldo Frank [1] dice, hablando de Aragón, que «todo es polvo, salvo el pueblo, que es barro; barro tostado al sol». Así fué, según la leyenda bíblica, Adán. Y no ya el aragonés, el español central, estepario o serrano o ribereño, es de lo más terrenal. El mismo Frank observa que es más geológico que vegetal o animal. Es rocoso. Otros hispánicos, habiéndonos hecho en tierra más vieja, más deshecha, más vegetalizada, como nos pasa a los vascos, hemos cambiado de hebra. Hay en las *Soledades* de Góngora un verso, estupendo, hablando de esta tierra en que escribo, y es el que dice:

Del Pirineo la ceniza verde.

Más en esta verde ceniza del Pirineo vasco, donde nací y me hice *niñez y mocedad*, hueso del alma, recuerdo mis treinta y dos años—casi la mitad de mi vida—de rocosa Castilla, en la cuenca del Duero, al que va el Tormes, donde se me secó y endureció ese hueso del alma para mantenérmela bien erguida frente a Dios.

Térrea, rocosa, sí, la España interior. Sus pueblos bautizados en polvo—o en arena—como otros en nieblas y en mar, según decía el apóstol Pablo (I. *Corintios*, X. 2), el apóstol que pensó venir a España (*Romanos*, XV, 24-28). La llamaba el alma de la tierra de las contradicciones. Y aquí sí que hubiera comprendido todo lo que dijo al decir: «¡y miserable hombre de mí, quién me librará de este cuerpo de muerte!» (*Romanos*, VII, 24). ¿Del cuerpo? ¿Pero es que el cuerpo no es alma?

En esa alma matriz—y maternal—que es el centro de Hispania, las mesetas del Duero y del Tajo—espinazo Gredos—se ha fraguado un pueblo que siendo de la tierra se despega de ella. El campesino hispánico central fué un pastor, un pastor errante como aquel del Asia que interrogaba a la Luna por su destino de que cantó Leopardi, un pastor que al fin se ahincó. Pero siempre, aun sedentario, el alma trashumante. Hasta en la celda de una Cartuja vaga. Está acampado y vive más bajo el cielo que sobre la tierra. De donde el conquistador.

Los costeros, los que se hicieron en el regazo de la mar, los marinos, descubrieron o colonizaron un nuevo mundo pero ¿conquistarlo? Conquistarlo, los de tierra adentro, los extremeños, los despegados de la tierra, los dueños y no siervos de ella. Lo mismo que fué con los dorios. Los jonios, los costeros, los gozadores de la vida que pasa, los hijos de la mar, criados a su vera, la temían; Ulises tenía el horror de la mar. Fueron los de tierra adentro, los que venían de las estepas y las sierras, conquistando tierra, los que al llegar a la orilla se detuvieron y obligaron a los mareantes a que les pasaran más allá. A ningún hijo de la mar, a ningún costero, se le habría ocurrido, como se le ocurrió al extremeño Cortés, conquistador, quemar las naves.

Dice Frank hablando de los montañeses del Alto Aragón que tienen «virtudes minerales» y que cuando marchan «su lento y desgarbado porte produce la impresión de que son piedras que andan». Al ciego de nacimiento a quien curó el Cristo le parecían los hombres como árboles que se paseaban (*Marcos*, VIII, 24). Pero en esa roca y de su desgaste se cría tierra que da alguna yerba. Pobre yerba, pero la precisa para sentarse un momento, mientras pasa la hora, a oír la Palabra. En el

1 *Virgin Spain: Scenes from the Spiritual Drama of a Great People.* London, Jonathan Cape, 1926.

Cuarto Evangelio, donde se nos cuenta cómo Jesús mandó que se sentara a la turba que le seguía, añade el Evangelista: «había mucha yerba en el lugar» (*Juan*, VI. 10). Yerba fresca en primavera, alfombra para la hora de oír el pan del cielo, y gozar de Dios que es luz (I. *Juan*, 1. 5). Y aquellos llaneros y serranos del corazón rocoso de Hispania pasaron la mar para ir a conquistar, a pelear, a llevar allende el océano sus guerras civiles, pero también a sentarse sobre la yerba virgen de la pampa y oír, bajo la Cruz del Sur, cantar otras estrellas.

Esta tierra bajo el cielo, esta tierra llena de cielo, esta tierra que siendo un cuerpo, y por serlo, es un alma, esta tierra hizo, con el latín, unos lenguajes, unos romances. Hizo el catalán, y el aragonés, y el leonés, y el bable, y el castellano, y el gallego, y el portugués. De ellos salieron los idiomas literarios y oficiales. Y esos lenguajes son las razas. *Raza*, palabra castellana—*raza* es como raya o línea (de ésta linaje) y se dice en Castilla «una *raza* de sol» y se le llama *raza* a cada hebra de un tejido — palabra castellana que ha pasado a casi todas las lenguas europeas. Pero más que raza de sangre, más que línea de sangre, raza de lenguaje.

Y un lenguaje es un pensamiento, es un sentimiento común, es una filosofía, hasta una metafísica. No anduvo tan descaminado el que dijo que el cartesianismo es la lengua francesa pensando el universo, y el hegelianismo la lengua alemana en análoga función. ¿Y la lengua castellana? ¿Es que no ha pensado—y al pensar sentido—el universo? No hace mucho leí una historia de la filosofía en cuanto ésta busca la verdad, de un alemán, y en ella—creo que por primera vez—figuraban pensadores, filósofos, si se quiere metafísicos, españoles. ¿Quiénes? Loyola, Cervantes, Calderón, por encima del P. Juárez, el granadino, que escribió en latín. Y si nuestros místicos no suelen figurar en las historias de la filosofía—más que de la filosofía, de los sistemas filosóficos—es porque los historiadores no saben entenderlos inmediatamente, sin traducirlos al álgebra filosófica, en su propia lengua. Pero esto va pasando y va viniendo nuestra hora.

Y hay una filosofía catalana, costera oriental, la del isleño Remón Llull (Raimundo Lulio) y Auzias March, y hay una filosofía galaico-portuguesa, costera occidental, la de Bernardim Ribeiro y la de Antero de Quental. Filosofías hispánicas también.

Y ¿hay un lazo que une estas contraposiciones y contradicciones íntimas hispánicas? ¿Hay un alma—un alma de contradicción—que hace la unidad, la hispanidad? Un alma de contradicción, es un alma profética. El profeta que siente dentro de sí la contradicción de su destino se yergue frente a Dios y le interroga a Dios, le escudriña, le enjuicia, le somete a enquisa. Y a esto es a lo que he llamado en otra parte el sentimiento trágico de la vida. El profeta, el pueblo profético, sienten la responsabilidad de Dios. Y sienten la justicia.

Justicia es, dicen, dar a cada uno lo suyo, *suum cuisque tribuere*, lo que supone el *suum*, el suyo, lo posesivo, y el *quisque*, el cada uno, el individuo consciente de sí mismo, la persona. Justicia social apenas tiene sentido; toda justicia es individual. Y para un pueblo, como para un hombre, profético, justiciero, Dios es un *Quisque*, un individuo, y un individuo responsable. Y por eso el profeta puede preguntarle a Dios: «¿Por qué me has abandonado?», puede pedirle cuentas.

La hispanidad ansiosa de justicia absoluta, se vertió, allende el océano, en busca de su destino, buscándose a sí misma, y dió con otra alma de tierra, con otro cuerpo que era alma, con la americanidad. Que busca también su propio destino. Y lo busca en la justicia. ¿En el conocimiento? No, sino en la posesión. O mejor, en el conocimiento en cuanto es posesión. Posesión de poseedor y no de poseído. Porque hay que ser dueños de la verdad y no siervos de ella.

Los otros pueblos, los que apedreau a los profetas, los de la ciencia y las normas objetivas, los de la civilización que va contra la barbarie, oponen a la justicia el orden. Ahora que siendo los grandes definidores, no han sabido definirnos el orden. Acaso sea el binomio de Newton con sus potencias ascendentes y descendentes.

Más de esto de justicia y orden otra vez.

Y bien, a fin de cuentas, ¿qué es la hispanidad? Ah, si yo la supiera... Aunque no, mejor es que no la sepa, sino que la anhele, y la añore, y la busque, y la presienta, porque es el modo de hacerla en mí. Y aquí, en este rincón de mi terruño nativo, sentado sobre la yerba que me da del Pirineo «la ceniza verde», frente a la mar materna, bajo el cielo del Carro, busco en el hondón de mi raza, en mi corazón milenario, al Dios hispánico que me ha de responder de mi destino.

Miguel de Unamuno

Hendaya, 18 de agosto de 1927.

El puerto de Colón [1]

La escena, una altura pelada sobre un pueblecito, blanco, cubierto por tejados en cascos. Cobrizo el río Tinto se ensancha y arremolina por los arenales al golfo de Cádiz. En la altura están dos ancianos, descubiertos. Están vestidos con el garbo de sus días. Pero el tejido es hilo, el brocado oscuro, el velludo brilla y está amarillo el encaje. El uno es alto. Tiene a la espalda, marcialmente, un brazo con la mano estropeada. Está erguido. Sus rasgos son duros y anchos; sólo su boca, demasiado delicada, y sus ojos, tiernos y sombríos como un seno, delatan al guerrero. El segundo hombre es corto. Picuda su nariz, y los ojos tienen un destello acuoso. Su pelo es blanco sedoso sobre la tez tostada. El alto habla:

CERVANTES.—¿Por qué me pediste que te encontrara aquí?

COLÓN.—Este es Palos de la Frontera. *(Hay una pausa en que con mano dura se enjuga los ojos empañados)*. De aquí zarpamos la primera vez. Acá, siete meses después, volvimos. Trayendo...

CERVANTES.—Un mundo.

COLÓN.—Sí. Trayendo una Tumba.

CERVANTES.—*(Mirando al pueblo y no a las palabras de Colón)*. Aquí, ahora, no hay nada.

COLÓN.—Mira más allá de las gruesas arenas del golfo. Mira más allá de la mar.

(Se están en silencio hacia el poniente. El sol bajo flota sobre el agua incubadora, abooeda los recios tejados y alumbra el desaliño de los atalayeros).

COLÓN.—*(Nerviosamente)*. ¿Bien? ¿Estás mirando? Dime lo que ves.

CERVANTES.—Veo América.

COLÓN.—*(Frotándose las manos con irónica satisfacción)*. La robaron de mi nombre, porque pensaron que yo no supe lo que descubrí. Me robaron de mi reino porque pensaron que aspiraba a ser rey. Porque mis ojos se mantuvieron en vela están cegatos.

CERVANTES.—Te he de decir, amigo, lo que vea.

COLÓN.—¡Ojo con tus ojos!

CERVANTES.—¡Una Ciudad de Blancas Torres! Los hombres que en ella viven son motitas. ¡Pero sostienen esas Torres! Y en su mano manejan un arma de oro que les hace dueños del mundo.

COLÓN.—Mira agudo.

CERVANTES.—No son dueños de sí mismos. Están llenos de caos...

COLÓN.—¿España?

CERVANTES.—Dentro de ese apretado, centelleante Orden...

1 Capítulo XIV y último de *Virgin Spain: Scenes from the Spiritual Drama of a Great People*, by WALDO FRANK. Boni and Liveright. New York. 1926. Traducción de don Miguel de Unamuno.

¡caos! Caos de razas, tradiciones, sueños. Están desasosegados. Levantan más las Torres. Las Torres son altas para poder guardarles de su caos, con seguridad. Torres de piedra, máquinas de hierro refinado—para impedir sangres, sueños, palabras, que hacen la confusión que odian.

COLÓN. — (*Sonriendo solapadamente*). ¿Estás mirando a América o a España?

CERVANTES.—Han perdido de vista al verdadero Dios, pero están llenos de hambre de Dios, de rebusca de Dios. Vuélvense a sus propias obras—y adoran a Dios en ellas.

COLÓN.—Mira más allá, allende las Torres.

CERVANTES.—*(Cuidándose sólo de lo que ve)*. ¡Destierran a nuevos exploradores! Anhelando Unidad, aplastan lo que no es Uno. Rechazan pensamientos que se levantarían más que las más altas Torres.

COLÓN.—*(Riéndose entre dientes)*. Salta de tu España, te digo. ¿Allende las Torres...?

CERVANTES.—¡Continentes!

COLÓN.—¡Esa, es la mía!

CERVANTES. — ¡Qué infantiles de pueblos! Allende las Torres puede vérseles más claro, aunque son los mismos que debajo de las Torres. Salvajes que ni hablar pueden, que ni aun logran pensar—que siguen tejiendo en curiosas máquinas.

COLÓN.—¿Dónde los ves?

CERVANTES.—En donde quiera. Los veo en dos continentes como una comezón en el rugoso Mundo. Pero dentro de ellos hay un mundo de Deseo. Puedo oír su clamor; aunque se sirven de palabras inglesas, españolas, portuguesas, no acierto a leer su razón. Son mudos como niños.

COLÓN.—¿Tienen su inquisición, supongo? ¿Expulsan al infiel? ¿Van a sus catedrales y querrían atar a todos los hombres en Cristo?

CERVANTES.—Sus nombres para eso son diferentes. Y al revés de España, veo que no han conseguido nada.

COLÓN.—*(Animado)*. ¡Ahí está mi esperanza! ¡Si pudiese ir y decirles que ahí estriba *su* esperanza! No han de lograr resultado, al revés de España.

CERVANTES. — *(Sin volverse)*. ¿Tu voz suena alegre?

COLÓN.—¿Por qué no he de estarlo? El Nuevo Mundo está en ellos, debajo de las Torres. Cuando se hayan enterado de que no pueden conseguir éxito, de que todas las Torres y todas las máquinas y todo el oro de la tierra no puede aplastar en ellos esa innata necesidad de un verdadero Nuevo Mundo —entonces surgirá.

CERVANTES.—*(Se vuelve y mira a Colón)*. Hablas en parábolas.

COLÓN.—Soy un hombre práctico.

CERVANTES.—¡Estoy harto de parábolas y de cuentos!

COLÓN. — Bueno. ¿Necesitas historia? El libro de Moisés, ¿es historia bastante para tu recio sentido? Bien; ¿te acuerdas de cómo el Señor sacó de Egipto a los hijos de Israel? También ellos cruzaron el mar. Pero, ¿llegaron a su tierra prometida, a su nuevo mundo en que fluían leche y miel, cuando cruzaron el mar?

CERVANTES.—Sí. Después de cuarenta años.

COLÓN.—Eres un lector somero. Ni uno llegó a la Tierra Prometida, ¡ni siquiera Moisés! Entraron en el desierto y murieron. De Mara al desierto de Sinaí, de Horeb al desierto de Moab, ¡vagaron, y se pudrieron y se murieron para siempre! Ni Aarón el sacerdote, ni Miriam la madre, ni Moisés el profeta llegaron a la Tierra Prometida. Porque está escrito que la Semilla ha de morir antes de que la Vida renazca.

CERVANTES.—*(Incrédulamente)*. Si es que hay Muerte allá, pasada la mar, es una muerte la más estable y la más espléndida.

COLÓN.—La Muerte *es* el cantar más suntuoso. Esa América torreada de oro no es sino la Tumba de Europa.

CERVANTES.—No lo entiendo.

COLÓN.—¿Qué encuentras allí?

CERVANTES. — Poderosas piedras...

COLÓN.—¿Es que no son piedras de Europa?

CERVANTES.—Oro...

COLÓN.—¿Es que no es el oro anhelo del viejo mundo?

CERVANTES.—Maravillosas máquinas...

COLÓN.—¿No conociste acaso a Inglaterra, para que las creas nuevas?

CERVANTES.—Jamás entre nosotros fueron oro, piedras y hierro de tan alta gloria.

COLÓN.—¿No merece Europa un alto Sepulcro?

CERVANTES.—Vuelves a hablar en parábolas, amigo.

COLÓN. — *(Impertinentemente)*. ¿Qué querrías que dijese? ¡Enséñame las palabras para el Nuevo Mundo, si las tienes! Puesto que su oro y sus piedras y sus máquinas son desconocidas al Viejo, ¿qué palabras van a darnos las viejas lenguas?

(Cervantes *mira en silencio al oeste, mientras los flacos ojos de* Colón *le escudriñan. De pronto* Cervantes *agarra el brazo del hombre corto).*

CERVANTES. — ¡Mira! ¿Ves?... ¡No!... ¡Dios!, ¡las Torres se están cayendo!

COLÓN.—¡Gloria a Jehová!

CERVANTES.—Viran, se arrollan. Se han hundido en esa ciénaga de hombres.

COLÓN.—¡La Semilla se pudrirá!

CERVANTES.—Son un barrullo de ciegos gusanos. Su mundo se ha vuelto como sus almas—un tremedal. ¡Se fueron las brillantes Torres!

COLÓN.—Ahora será el parto del mundo que descubrí.

CERVANTES.—*(Mira seriamente al oeste en profundo silencio)*. ¡Se fué la ciudad! ¡Continentes de caos! ¿Qué surgirá?

COLÓN.—El Sueño del Viejo Mundo, al cabo—¡un Nuevo Mundo!

CERVANTES.—¿España?

COLÓN. — Sí. La Tumba de España queda ahí, con la de Europa.

CERVANTES.—He de creer a tus flacos ojos. Dime, marinero, ¿qué ven tus ojos flacos?

COLÓN.—*(Con risa)*. Entonces, mantén hacia el oeste tus agudos ojos.

CERVANTES.—*(Se vuelve otra vez, obediente, hacia el oeste)*. Es fácil apartar la vista de España cuando uno ha querido a España.

COLÓN.—No estarás solo en querer a España.

CERVANTES. — ¡Profética España!

COLÓN.—España, que creando vida, jamás ha vivido.

CERVANTES.—Sus campos están engurruñidos y encendidos sus ojos.

COLÓN.—Dios ha engendrado en ella y pasó, Él de largo.

CERVANTES.—Es una madre.

COLÓN.—Madre de comienzos.

CERVANTES.—Siempre la Semilla en ella, ¿jamás la vida misma?

COLÓN. — Así fué siempre. Cuando Roma vivía, España no vivió en Roma; parió sus Estoicos y sus Santos para la Santa Roma. Cuando la Santa Roma estaba en sazón, España no fué santa. Parió, con sus Indios y Arabes, la muerte de Cristo. Cuando la Santa Roma estaba muerta y florecía la Moderna Europa, España no era moderna y España no era Europa. Parió a América.

CERVANTES.—¡Europa ha gastado a mi madre! Hasta tú, marinero sin tierra, la has gastado.

COLÓN.—Dios la ha gastado.

CERVANTES.—¿Por qué, pues, están hambrientos sus campos?

COLÓN.— Todos los mundos han entrado en ella; de todos los mundos ha concebido mundos. Y se ha quedado inmaculada.

CERVANTES.—¡Mi trágica madre!

COLÓN. — *(Remembrando de pronto y exaltado)*. ¡Pero las

Blancas Torres se han derrumbado! ¡Lista, España! ¡Tienes que sacudirte de nuevo! Europa se ha podrido al cabo en la Tumba a que llaman América. Tu obra no ha concluído. Tú, la más quebrantada madre de toda Europa, tú has preservado una Semilla.

(Cervantes *se ha vuelto de hacia el oeste y mirando hacia tierra se rrrodilla.* Colón *no hace caso de él).*

Colón.—Tu espíritu, España. Ellos, sobre todo, lo han de necesitar, los del norte; aquellos cuyo lenguaje es el inglés y que han dirigido la construcción de las Torres que son la Tumba de Europa. Porque está escrito que ellos también han de dirigir el nacimiento del Nuevo Mundo, ¡la verdadera América que descubrí! Que te vean, España; que tomen de ti, madre. Porque su espíritu es débil e infantil. Son cobardes, y no amos, ante la vida. Pero tú, España, te atreviste a ser lo que creías; tú conociste la sabiduría que los hombres chicos llaman «locura». Te atreviste a hacer de la vida misma el Cuerpo de tu Visión, la Palabra de tu Oración. Ni te arredraste, España, de que se rieran de ti—de estar equivocada —de estar en lo cierto. Dale ahora al Nuevo Mundo tu espíritu para que pueda sobrepujarlo.

(Hay un silencio, Colón *mirando todavía al oeste, mientras su camarada se arrodilla hacia España)*

Cervantes. — *(Arrodillado y rezando).* Comprendo, madre, por qué hemos querido siempre a Nuestra Señora. Lo que este hombre dice es la verdad. Sin haber sido poseída, has parido un Verbo. Y el Verbo, lo mismo que Cristo a Su madre, se ha vuelto y te ha negado.

Colón.—*(Levantando a Cervantes).* Mira de nuevo. ¿Estás seguro? ¿Las Blancas Torres...?

Cervantes. — *(Se levanta y vuelve a mirar hacia poniente, junto a él, Colón).* La Ciudad de las Torres se acabó.

Según miran en silencio, Cervantes viendo, Colón entendiendo, se pone el sol en la mar. Y sobre sus espaldas, al naciente, se enciende de repente el cielo con la aurora.

Waldo Frank

(Síntesis. Buenos Aires).

Cráneos descarnados

Terraza del Roma Café-concert

—Se descarnaron para Sanswy todas las cabezas, desde el día en que cayó de la tarima de los músicos.

—Y por qué aquel descendimiento repentino?

—Ah, caballero, todo descendimiento repentino es inexplicable. Pero, verá Ud. El violinista se dormía siempre. Muchos años llevaba con el arco en la mano y la caja bajo la barbilla. Día. Noche. Qué sucesión de horas con el arco en la mano y la caja bajo la barbilla! Pues, se dormía profundamente, claro. Y lo peor es que Sanswy fomentaba aquel sueño. Bueno, ya se lo he dicho a Ud. A Sanswy le gustaba dormirse mientras tocaba. Y llegó a tocar, dormido, maravillosamente. Oh, había que oirle aquella obertura de *Tannhäuser!* Hasta que aquella noche, precisamente durante la ejecución de la obertura, descendió de la tarima de la orquesta. Recuerda Ud. lo alto de la tarima? A causa del accidente, el propietario ha construido ese templete que Ud. ve.

—Se fracturaría el cráneo horriblemente?

—Nada de eso. Ni una gota de sangre. Se le puso, eso sí, enorme la cabeza. Le iba creciendo, creciendo. Nada más. Lo llevaron al hospital, y los diarios dijeron que Sanswy había intentado suicidarse. Los cronistas de la calle fantasean mucho. Oh, el pobre Sanswy! Ahora no tiene más efecto de su caída que imaginar que el cráneo se le ha descarnado.

—Yo pensé siempre que este músico no estaba en su juicio. Cómo se movía al tocar! Un raro movimiento, de maniático.

—Era, caballero, porque tocaba dormido. No lo comprende Ud.? Para buscar el equilibrio se balanceaba. Es preciso balancearse para buscar todo equilibrio. Por lo demás, no crea Ud. que Sanswy esté ahora desequilibrado. Ya no duerme. Por el contrario se queja de una desesperante vigilia. Nada menos anormal, verdad? Puede Ud. mismo comprobarlo. Le mira Ud. a través de aquel macizo? Mírelo ahora que le cae toda la luz.

—Veo que está Ud. bien enterado de cuanto concierne a la vida de Sanswy.

—Ya lo creo. Hace mucho tiempo que concurro a este café que es el más pintoresco de la ciudad.

—Es Ud. amigo de todos los concurrentes?

—No, en verdad. No simpatizo con todos. Conozco, sí, a algunos artistas del *Variedades.* Y un poco a aquel señor de desgarbado traje negro, que es el autor de este cuento. Y aquel...

—Pero, qué dice Ud.? Está Ud. delirando?

—No veo por qué, señor mío. Acaso tiene algo de particular que un autor venga al café? Se ha puesto dentro del cuento como se mira uno al espejo.

—No me explico.

—Bien. Para Ud. es inexplicable. Yo, en cambio, lo entiendo sin dificultad. Es como eso del sueño de Sanswy, que Ud. supone un síntoma de locura, cuando en realidad todo sueño es normalidad.

—Y dice Ud. que el autor...

—No terminé de decir a Ud. que éste fué quien hizo que se matara Rodríguez, el pintor. Esto no lo sabe nadie sino yo, que seguí durante largas noches el proceso de sus conversaciones. Es verdad que no cogía sino medias palabras, pero con ellas reconstruiríase fácilmente su plan. Durante ellas me entretuve en hacer algunos apuntes que conservo en la cartera. Le molestaría a Ud., caballero, que me tomara la libertad de leerle algo de eso? Ya lo creo que nó. Pues bien, oiga Ud. Seré muy breve. Yo nunca escribo largo. Lo largo me produce escalofríos. Excusará Ud. que dé saltos en algunos renglones y que el estilo no corresponda a su buen gusto, pero, como Ud. vé, estas líneas fueron trazadas con lápiz, en la penumbra, y yo no entiendo una palabra del arte de escribir. Para mí escribo como me parece, y estamos. Pero... he aquí que viene nuestro personaje. Seguramente se detendrá en la mesa contigua, que es donde hay un sitio desocupado.

—Ah, en efecto. Y va a escribir.

—Ahora es lo que hace en los intermedios. Me había olvidado de ese detalle. Y observará Ud. también que ya no lleva aquel aparatoso vendaje en la cabeza. Creo que anoche me decía que había retirado las vendas porque le entorpecían las ideas.

—Se le ha caído una hoja de papel. Eh, señor profesor!...

—Nó, caballero, deténgase Ud. Se lo ruego. Yo tomaré esa hoja con disimulo. Haré un rodeo por entre las mesas.

—Tenga Ud. cuidado.

—Ya está. Lea Ud.

—Es un simple programa de concierto. Vea: "Roma Café-concert.—Primera parte.—Obertura de *Tannhäuser...*"

—Ya, ya. Es lo mismo. Pero, al respaldo?

—Es verdad. Al respaldo hay algo escrito. Helo aquí:

"Estoy convencido de que todos los que concurrimos a la terraza tenemos el cráneo descarnado. Si no fuera así, no podríamos percibir las sensaciones de la noche. El pelo, como la piel del cráneo, es la vestidura animal de la cabeza. El sombrero es una invención diabólica de la civilización. Si nuestras ideas no estuvieran en contacto directo con el espacio, en nada nos diferenciaríamos de las bestias."

—Lo ve Ud.? Nuestro Sanswy es un artista cabal.

—Es extraño, muy extraño. Pero, ahora que advierto...Tiene Ud. en la mano esos papeles... Su letra tiene un sorprendente parecido con la de Sanswy. Es acaso Ud. Sanswy, señor mío?

—Caballero, me ofende ¡Ud. al creer que callaría un desdoblamiento semejante. Nuestras letras puede que coincidan, pero, nada más. Ahora temeré que Ud. examine estas cuartillas. Si apenas ha entrevisto Ud. algunos rasgos y me supone una superchería, ¿qué no dirá Ud. luego de mí?

—Juro a Ud. discreción. Deme Ud. esos ligeros apuntes.

—Prefiero leérselos: Oiga:

«Hace días que viene un muchacho indiferente a la mesa del autor. Pinta cuadros malos. Tiene parientes en la Argentina y se vió comprometido en cierta ocasión en un enredo de billetes de banco falsos. Quiere irse a Buenos Aires, pero no tiene dinero. En el tercer lado de la mesa se sienta el director de una revista. Habla de France a menudo. El autor le dice que la sonrisa es inútil·

El muchacho de los cuadros se pone grave. Toma sorbos calientes de café con limón».

—Eso no dice nada en verdad.

—Caballero, no le he ofrecido a Ud. un folletín. Leeré enseguida los otros fragmentos, por fechas:

«12.—No ha venido esta tarde la *vedette* de la cabellera rizada a lo Raquel Meller *avant* 1926. El músico eslavo mira siempre hacia el emparrado donde ella habitúa sentarse con el tenor. En el programa está inscrita hoy la obertura de Sanswy, la que tocaba la noche en que descendió de la tarima.

»13.—El director de la revista ha dicho al autor que la overtura de *Tannhäuser* es también como un descendimiento. O como el esfuerzo, para subir, de unas manos que inútilmente arañan, suben un poco y ruedan. El muchacho indiferente encuentra en ello la razón de la caída de Sanswy.

»14.—Más café del acostumbrado tomó esta noche el chico de los cuadros. Abundó el oxígeno de la cabeza de la *vedette*. Realmente el músico eslavo no tiene más razón para mirarla que la de la ausencia de sol que hay en el recuerdo de su patria.

»15.—El muchacho indiferente ha estado sombrío, silencioso. El autor, sonrientemente diáfano, le ha estado conversando a media voz. Comprendo que ha producido en él la desesperación porque el muchacho la lleva marcada en las manos, en los labios mudos, en los ojos. No se atreve a desligar los dedos del vaso.

»16.—He oído hablar al muchacho indiferente de que marchará fuera del país. El director de la revista no viene hace noches. Dice el pintor de los cuadros malos que está aburrido de la ciudad. El autor le contesta que no vale la pena de irse. Que al cabo todas las ciudades son la misma. Que su cansancio no es sino su propio cansancio.

»17.—La obertura de *Tannhäuser* languidece ahora en aquellas escalas ululantes que ha supuesto el pintor que determinaron la caída de Sanswy. Este pobre muchacho desorientado me apena. Hoy no ha venido. El autor está solo. Sonriente, como es su habitual manera.

»18.—El eslavo no es Sanswy, aunque Sanswy es eslavo también. Sin embargo, pudiera ser Sanswy, pues toca violín, como él, aunque no ha caído de ninguna tarima. Lo veo ahora desviar los ojos del papel pautado para colocarlos ceremoniosamente bajo las frondas ondulantes, sobre la testa dorada que está frente al tenor. Me inquieta el muchacho indiferente. No ha venido hoy tampoco.

»19. — Qué aparatoso es el vendaje de Sanswy esta noche. Francamente se ha echado tanto trapo en la cabeza que me parece un fakir. Hoy si están el autor y el director de la revista. Han hablado muy, muy en voz baja, tanto que no he alcanzado una palabra. El eslavo se ha acercado, con el violín bajo el brazo, a la mesa. Ahora sí veo que es el mismo Sanswy. Estaba, pues, equivocado.

»20.—El periódico que tiene el autor en las manos dice que el muchacho indiferente y que ahora sé que se llamaba Rodríguez, se ha matado. Alguna observación ha hecho el director y el otro le ha respondido: «Lo esperaba».

—No tengo más apuntes legibles. Ahora veo que lo escrito no contiene en realidad ninguna de las palabras que yo oí en aquellas noches. Pero, qué hacer, caballero! Para mí todo esto tiene mucha importancia. Una importancia condensada, interlineada, pero para Ud...

—Es Ud. un hombre excepcional. Se lo juro. Pero, por qué se detiene Ud?

—Perdone U., caballero. No puedo decir una palabra más. En este momento se pone en pie el autor del cuento y va a marcharse. Cómo podría yo seguir un cuento sin autor? Soy apenas un personaje. Y además todos los cuentos han de finalizar alguna vez. No pueden ser largos como la vida.

—No pueden ser largos como la vida. Tiene Ud. razón.

G. Castañeda Aragón

Tablero
=1928=

Señalamos especialmente la aparición de la entrega Num. 1, del Tomo I (Enero-Marzo 1928) de la *Revista de Estudios Hispánicos*. Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras. P. R.

Director: Federico de Onís. Algunos de sus colaboradores: Concepción Meléndez, Américo Castro, E. Díez-Canedo, T. Navarro Tomás, Fernando de los Ríos.

«*Revista de Estudios Hispánicos* publica trimestralmente artículos de investigación y de crítica sobre literatura, lengua y civilización hispánicas en sus aspectos modernos e hispanoamericanos; reseñas de libros de crítica y de obras literarias contemporáneas; noticias y documentos acerca del progreso de los estudios hispánicos en este continente; y una bibliografía hispanoamericana que aspirará a ser completa».

«La *Revista de Estudios Hispánicos* se publica en la Universidad de Puerto Rico como órgano de su Departamento de Estudios Hispánicos, y se edita en Nueva York por el Instituto de las Españas en los Estados Unidos».

Precio de la suscrición anual: **$ 4**. La correspondencia referente a asuntos de dirección y administración puede dirigirse a Philosophy Hall, Columbia University, New York City. U. S. A.

Hemos recibido y agradecemos tanto:

De José A. Balseiro (Velázquez, 103. Madrid):

El Vigía. Ensayos. Tomo II. 1. Unamuno. 2. Pérez de Ayala. 3. Hernández Catá. Ornamentado por M. Benet. Editorial Mundo Latino. Madrid.

De Félix Urabayen (por intermedio de Espasa - Calpe, Madrid):

Por los senderos del mundo creyente.... Colección Contemporánea. Espasa - Calpe, S. A.

De don Federico Henríquez Carvajal. (Sto. Domingo. R. D.): *Mi álbum de sonetos*. Año. 1927.

De Darwin Peluffo. (Larrañaga 103. Montevideo. Uruguay): *La Evoinvolucion de los seres y de las cosas*. Introito filosófico a la teoría de la evoinvolución y el origen de las cosas.—Agencia general de Librerías y Publicaciones. 1926. Montevideo.

De Juan Montero Romaldi. (Puenteareas. Pontevedra. España):

Labor hispano-americana. Barcelona. 1927.

De la Casa Editorial Maucci. (Calle de Mallorca, 166. Barcelona. España):

Florilegio del Parnaso Americano. Selectas composiciones poéticas coleccionadas por Michael A. de Vitis, Catedrático de Lenguas y Literaturas Romances de la Universidad de Pittsburgh. Con un prólogo del Dr. Juan Vicente Ramírez, Ministro del Paraguay en los Estados Unidos.

Del Ministerio de Gobierno, Sección 5.ª, República de Colombia:

Codificación Nacional de todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, hecha conforme a la ley 13 de 1912, por la Sala de Negocios Generales del Consejo de Estado. Tomo IX. Bogotá. 1927.

De Guillermo Jiménez, en la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, D. F.:

Fernando González Roa: *Las cuestiones fundamentales de actualidad en México*. México. 1927.

Extractos y referencias de estas obras, se darán en próximas entregas.

Señas de escritores.—G. Castañeda Aragón. Calle de Salinas, N.º 240, Altos. Lima. Perú.

El último libro de Cornelio Hispano

Wer das Dichten will versehen
Muss ins Land der Dichtung gehen
Wer den Ditcher will verstehen,
Muss in Dichters Lande gehen.

«El que quiera entender lo poético debe ir a la tierra de la poesía; el quiera entender al poeta debe acudir a la patria del poeta». Con estos dos sencillos dísticos, no por su sencillez exentos de un profundo sentido, encabeza Goethe sus notas y disertaciones para mejor entendimiento del volumen de poesías titulado *Diván oriental y occidental*. Es el anhelo primero del lector ante una bella obra de arte literario conocer las comarcas allí descritas o aquellas en que el poeta recibió sus más hondas inspiraciones y añadió su espíritu a los aspectos de la naturaleza. Los dísticos de Goethe encierran, además, una verdad incontestable. Ya había muerto el autor de *Fausto* cuando uno de los críticos franceses más escuchados en la segunda mitad del siglo XIX expuso la teoría según la cual es de imprescindible necesidad conocer entre otras cosas el ambiente donde florece la obra de arte para penetrar en su esencia.

Enamorado del arte con una pasión intelectual despótica, Cornelio Hispano ha experimentado también la necesidad de visitar los lugares donde nacieron sus autores predilectos y donde se mostró el fruto sazonado de su pensamiento. Los artistas griegos del cincel y de la palabra le atrajeron siempre con fascinaciones irresistibles, y los maestros franceses en los cuales aprendió el culto de la belleza y de cuya lectura nació su admiración del milagro heleno, señalaban necesariamente una forzosa etapa en el itinerario de este «peregrino apasionado».

En el desarrollo de sus gustos y de su apacible ingenio nada era más natural para el autor de *El país de los dioses* que buscar en París la casa de sus maestros, recorrer con el ánimo henchido de veneración artística los campos donde habían vagado en contacto amoroso con el ideal los genios en cuyas obras había descubierto el tesoro inexhausto de la belleza griega. San Sulpicio, la Bretaña; la villa Said; la humilde casa donde lanzó el último aliento un testigo luminoso de la transformación filosófica



Cornelio Hispano

Visto por Serrano

de nuestro tiempo; el castillo donde pasó los años de su infancia el grande orquestador de la frase, el más vanidoso y más inquieto de los románticos franceses, señalaban como piedras miliarias el camino que conduce para Cornelio Hispano a las riberas «donde el laurel rosa confunde sus ramas olorosas con el terciopelo sombrío de los cipreses y la clara verdura de los almendros.»

Dondequiera halla su imaginación anhelante el espíritu de Grecia. En Londres busca los mármoles arrebatados a Grecia por Lord Elgin y va a inclinarse ante la estatua de Byron, el mártir de las libertades helénicas; en Roma busca las tumbas de Keats y de Shelley, almas gemelas en el culto de la belleza imperecedera que brilló como un milagro en esa península bordeada por el Jónico y el Archipiélago; y al divisar la isla de Zante, su fúlgida memoria renueva en un instante de piedad melancólica la vida de Fóscolo, griego de nacimiento, poeta de gusto antiguo y de sensibilidad moderna, que dijo de sí mismo con frase concisa, con estupenda franqueza y con un alto sentido de la belleza poética:

Di vizj ricco e di virtú, do lode
Alla ragion, ma corro ove al cor piace.

El itinerario estaba indicado por las predilecciones del poeta. Sus ideales y sus preferencias estéticas le llevan como a su pesar, en la peregrinación de la vida por las grandes avenidas, por los estrechos senderos, por las vías ignoradas en donde el espíritu de los poetas, de los escultores y filósofos de la más elocuente y eficaz educadora del género humano ha dejado huellas más duraderas que las naciones y superiores al destino del hombre.

* *

Del estilo emana en este libro un sentimiento de respeto profundo a las ideas y a los hombres que pasan ante la imaginación del lector. Media como un velo diáfano, que embellece los contornos suavizándolos, entre el concepto y la expresión. Un dulce tono de elegía predomina en las páginas, donde la piedad se sobrepone a todo otro sentimiento. Las mismas frases en que el autor exalta la vida y protesta contra los hombres y las tendencias de quienes pretendieron hacer de ella un desierto, suenan apaciblemente. Ama la vida con intensidad, pero sin estrépito; comprende el pasado al cual le ligan sus más caras predilecciones, pero acepta con claro y generoso entendimiento a los grandes maestros clásicos de la hora presente. Lo acepta todo en arte menos la desproporción y la oscuridad. Mientras contemplaba Hispano en el museo británico, en un éxtasis admirativo, como si estuviera delante de una deidad de mirada insondable, cuya presencia hubiese buscado en vano hasta ese instante, un amigo, sin pretender arrancarle a sus intensas meditaciones, sino talvez para aguijonear su curiosidad de erudito, le invitó a dar un paseo por los salones egipcios donde hay otras formas de belleza, testimonio de otras normas artísticas y de una cultura anterior a la helénica. Declinó la invitación como lo hubiera hecho un cristiano del siglo segundo de nuestra era, a quien invitasen a recorrer la Suburra después de haber oído misa en las catacumbas. «El arte egipcio, dijo; eso carece de armonía y de mesura», y volvió a prosternarse metafóricamente ante los frisos usurpados a Grecia por el noble Lord Elgin.

La mayor parte de la obra de Hispano es literatura de viajes, y como puede verse en todas ellas, y principalmente en *El país de los dioses*, a viajar le impulsa más que la natural curiosidad de conocer otras costumbres y contemplar horizontes diversos el deseo de documentarse seria y directamente sobre las disciplinas en que ha difundido su anhelo de comprensión. Será difícil sorprender a Hispano desatinando como Núñez de Arce al evocar un Partenón ennegrecido y cubierto por la hiedra. La probidad intelectual es la más bella prenda, entre las muchas de que está adornado el carácter literario de Hispano, y de la presencia de esa bella cualidad, especie de coraza impenetrable, han adquirido tardío conocimiento los que se han empeñado con él incautamente en disputas políticas o de historia. En su insaciable deseo de conocer las fuentes de sus más vivas emociones literarias el autor de *El país de los dioses* sigue una tradición antigua como las literaturas. Platón salió de Grecia «para señorear conocimientos que habían merecido en el extranjero un cultivo más abun-

dante que en la Atenas de sus días», como dice Teodoro Gomperz. Tal habían hecho, antes del divino maestro, Hekates y Herodoto, de los cuales se sabe que llevaron consigo sus tablillas de apuntes.

De esta natural e insaciable predisposición por las inteligencias primordiales a aumentarse, como si dijéramos químicamente, estudiando al hombre en sus diversos ambientes, acaso provenga, de un lado, el grande interés que por sí solas despiertan las narraciones de viajes, y de otro la circunstancia de ser obras de este género y de argumento real o imaginario la mayor parte de las obras maestras en las literaturas antiguas y modernas. Un viaje es la Odisea de Homero, un viaje imaginario la Divina Comedia; viaje son *Os Luisiadas*, y un libro maravilloso de viajes en que se mezclan el paisaje real y las aventuras descomunales de un loco es la mejor novela de los tiempos modernos. En perpetuas andanzas viven Lazarillo de Tormes y Marcos de Obregón, las peripecias de cuya vida nos enseñan la geografía de España y de algunas comarcas vecinas.

Dice Hispano en la dedicatoria de su libro, llena de piedad filial y de amor a la tierra nativa, que es ésta la última vez en que les cederá a los indiferentes el tesoro de su sensibilidad en forma de volumen impreso. Su voluntad era sin duda firme cuando escribió las frases lapidarias de esa primera página; mas como es joven todavía y su inteligencia vivacísima se complace aún en el espectáculo de la vida y de la naturaleza a las cuales ama con apasionado instinto de poeta, debemos lisonjearnos con la esperanza de leer todavía páginas de Hispano no contenidas en este precioso volumen ni en los anteriores con que ha regalado a la literatura hispano-americana.

B. Sanín Cano

(Lecturas Dominicales. Bogotá.)

Una independencia condicional

= De *El Tiempo*. Bogotá =

Mr. Charles Evans Hughes es una de las más altas personalidades de los Estados Unidos. Hay que rendir tributo a su altísima probidad. Hay que respetar la cumbre moral en donde está colocado. Los labios de Mr. Hughes nunca han vertido sino palabras de justicia. De aquí que el discurso que acaba de pronunciar en la Habana tenga una importancia trascendental. Mayor quizá que la del de Coolidge en la sesión inaugural de la conferencia. En primer lugar porque la misma posición del presidente de la Unión saxoamericana le obligó a velar sus intenciones por medio de cuatro mil palabras, dentro de las cuales no fueron pocas las contradicciones. Ahora habla un magistrado, en el ocaso ya de su vida, sin ambiciones porque ha renunciado la candidatura presidencial. Y sin intereses, porque ya nada pudiera halagarle desde un punto de vista personal.

La política de los Estados Unidos hacia la América Latina, la esbozó Coolidge en forma un poco vaga. Le ha tocado ahora a Hughes en una exposición sobria, corta y terminante, definirla en forma absolutamente precisa, en cuanto a sus conclusiones. Que en cuanto a las premisas en que la sostiene, no pueden ser más deleznables.

El estado de ánimo con que el señor Hughes pronunció sus discursos, está claramente definido en el editorial de *The World*, que el viernes reprodujimos. En el hecho, los Estados Unidos se han constituído en una de las más grandes potencias imperialistas, en busca todos los días de una esfera mayor de influencia. Y sin embargo, «en sus corazones los americanos—del tipo de Mr. Hughes, decimos nosotros—siguen aferrados a la idea de que son una república que odia todo imperialismo, defensora de la libertad de los pueblos débiles y esencialmente democrática. Así el señor Hughes invoca la memoria de los fundadores de la nacionalidad y nos habla de Jorge Washington. No sin enumerar a renglón seguido todas las veces que esa república antiimperialista ha intervenido en la América Central, en Cuba, en Santo Domingo y en Haití. Cierto es que esas intervenciones se hicieron para el mayor bien de los pueblos intervenidos. Aun cuando no dicen lo mismo las víctimas de tan grande favor. Basta leer el informe del delegado de Haití a la Liga de las Naciones; hojear las incontables publicaciones sobre los desmanes cometidos por los marinos yanquis en Santo Domingo, releer las impresiones del mayor Brooks en Nicaragua, en donde los marinos y los aviadores han ido tan sólo a darse el placer de «Bombardear liberales y entregarse a la parranda». Y sin acudir a testigos ajenos, es suficiente preguntar al senador Reed su opinión sobre el papel paternal del gobierno de su país en los pueblos intervenidos. Y no sólo a Reed sino a Borah, a Wheeler, a La Follete, a Johnson, para que nos digan qué queda en pie de ese edificio de lealtad y benevolencia que ha levantado el señor Hughes. Y cuenta que se olvidó él de mencionar las intervenciones en México, que le costaron a ese país la mitad de su territorio, en el pasado siglo; ni las dos invasiones que bajo la presidencia de Wilson, el apóstol, realizaron también, la una por Veracruz y la otra por la frontera, y en las cuales tuvieron que retirarse con las manos en la cabeza. Ni la de que fuimos víctimas nosotros... Todavía sangra la herida.

Quiere el señor Hughes que para conocerlos mejor a sus compatriotas, no miremos a los inmensos negocios ni a la industria formidable, sino al riquísimo tesoro de idealismo que les inspira. «Fuimos a la guerra mundial, animados de un desinteresado quijotismo. Guerreamos con España, por el anhelo puro de libertar a Cuba», dice el ilustre orador. Con el desinteresado quijotismo no sólo salvaron los millones que les habían prestado a los aliados, sino que se convirtieron en la nación más poderosa de la tierra. Y con el noble anhelo—impuesto por los negociantes en azúcares—conquistaron un vasto imperio colonial, que retienen contra la voluntad firmemente expresada de los pueblos subyugados.

Hay, pues, mucho que descontar en el brillante prólogo que le sirve a Mr. Hughes para ofrecernos las cuatro columnas básicas del panamericanismo: la independencia, la estabilidad, la mutua buena voluntad, la cooperación.

Los Estados Unidos les conceden graciosamente la independencia a los pueblos del Caribe, sujetos a la influencia imperialista; pero «la independencia no basta», añade Mr. Hughes. Se necesita también la estabilidad. Y ahí está el arco toral de este edificio, sostenido por las cuatro columnas básicas. Mientras sean formales y tranquilos, serán independientes estos pueblos; pero tan pronto como den señales de inquietud viene la intervención, para mayor bienestar y provecho de ellos, como lo hemos visto. Es una independencia condicioaal. Y, añadiremos nosotros: aun cuando sean formales y tranquilos, se fomentará el desorden, cuando la intervención sea necesaria para los fines de la expansión yanqui.

En Nicaragua, por ejemplo, existía un gobierno representativo, respetado por todos, honorable y servido por patriotas; pero ese gobierno estaba tratando de librarse de la influencia yanqui, quería salir de los compromisos que le ataban a Wall Street. Y entonces se echó mano de Chamorro, que derribó al doctor Solórzano. Y como la maniobra fué demasiado burda y provocó general indignación, se apeló a un recurso más cínico aún: se llevó al poder a un menguado servidor del capitalismo del Norte: al señor Adolfo Díaz. Es un ejemplo elocuente de esta columna básica de la estabilidad. Estabilidad, sí, cuando se ajusta a los intereses de los idealistas capitanes de finanza yanqui.

El señor Hughes, en su discurso de la Habana, no hizo sino definir de una manera rotunda el derecho de intervención. Contra ese derecho, tan hábilmente presentado por el presidente de la delegación americana, es contra el que han protestado los pueblos todos de la América, a excepción del beneficiario. La tesis de las repúblicas latinas es esta: «exigimos la soberanía absoluta; la igualdad de derechos; la libertad de disponer de nuestros propios destinos. No reconocemos el derecho qué tenga el gobierno americano a poner orden en nuestra casa; de la misma manera que no se aceptaría que la Argentina, por ejemplo, enviara un destacamento de gendarmes a combatir a los criminales que infestan a Chicago».

La tesis del señor Hughes, heraldo hoy del imperialismo, es esta: «Independencia y libertad, hasta el momento en que los Estados Unidos les parezca que esa libertad y esa independencia son compatibles con sus intereses». Y como excusa, el canal de Panamá. Es pueril pretender que las actividades de unos cuantos revoltosos en cualquiera de los pueblos del Caribe, pueden poner en peligro el canal de Panamá. No vemos en qué consiste ese peligro. Y el señor Hughes estaría muy apurado para definírnoslo. No se pretenderá que los revolucionarios se apoderen del canal. Ni se tomará en serio la amenaza del Japón o Inglaterra, que no podrán en muchos lustros más, y acaso nunca. pensar en una agresión a los Estados Unidos.

Queda, pues, planteada con toda la autoridad de un personaje tan ilustre como Mr. Hughes, en la conferencia de la Habana, la tesis de la intervención, como una de «las columnas básicas del panamericanismo». Y es supremamente doloroso que la primera voz que se haya elevado para aplaudir y sustentar esa tesis, sea la del presidente de la delegación de Colombia en la conferencia de la Habana.

Sandino, campeón de la libertad,

juzgado por eminentes escritores

«Me asocio a su protesta contra lo que está pasando en Nicaragua».—Romain Rolland. — «Si el ciudadano oprimido se agita y protesta se le declara rebelde».—Henri Barbusse.—«Sandino es un nuevo David derribando con la honda de la Libertad al moderno Goliat.—Isidro Fabela.—«...Admiración por el general heroico que inicia la reconquista del país invadido».—F. García Calderón.—«Toda nuestra América debe estar con Sandino».—Manuel Ugarte.



Lo que sucede en Nicaragua es inicuo, bochornoso. Bochornoso para nosotros, y más aún para el pueblo nicaragüense y para el de los Estados Unidos.

Se seguirán celebrando periódicamente conferencias panamericanas, se organizarán congresos anti-imperialistas, se efectuarán en América y en Europa reuniones y actos para protestar contra la Ocupación Militar extranjera en Nicaragua y en Haití; yo mismo repetiré la conferencia que dicté el año pasado en París sobre el imperialismo norteamericano; se multiplicarán los artículos en diarios y revistas para gritar a pulmón pleno, sin descanso, el atropello de que son víctimas los pueblos débiles sin fuerza moral y material para defenderse...

¡Pero todo será en vano! Todo será inútil hasta que la conciencia colectiva de la poderosa nación del Norte no sea impresionada por los hechos mismos.

La otra noche asistí a una Asamblea, aquí en esta ciudad, donde varios oradores atacarou rudamente a los Estados Unidos. Una dama neoyorquina que estaba cerca de mí, me decía: «El pueblo de mi país no es culpable de la política del gobierno de la Unión vis-a-vis de la América Latina».

Hay mucho de verdad en ese comentario. Es tan cierto, que Washington ha dirigido los fuegos de su propaganda, en su propio territorio, para demostrar que el general Sandino, es un bandido, el «Pancho Villa» centroamericano, y que es necesario acabar con él para traer la felicidad y el progreso a Nicaragua. Se pretende pues, con esta propaganda perniciosa, engañar a la opinión pública norteamericana.

En consecuencia, intentemos nosotros, demostrar lo contrario, es decir, presentar a Sandino tal como es: un luchador por la soberanía de su país contra los traidores y contra los invasores de su Patria. Hay que repetir mil veces que Sandino —figura casi mística—no es un rebelde, porque rebelde no es quien representa y encarna los ideales de independencia e integralidad de su pueblo y lucha porfiadamente por libertarlo y emanciparlo.

Como dice muy bien esa alma apostólica que se llama Froylán Turcios, «la actitud de Sandino es hermosísima, y si la sostiene hasta vencer o morir, su gloria se alzará en los tiempos más grande que la de Morazán. Este invicto guerrero luchó por reunir los jirones de su Patria. Sandino combate por su soberanía que es lo esencial y básico; lo demás es secundario. Morazán murió por la Unión. Sandino morirá por la Libertad».

La opinión pública norteamericana, cuando se identifique con la realidad, limpia de pasiones y odios, y sepa por fin que el héroe de El Chipote lucha por principios sagrados, y que no es un salteador de caminos reales, será la primera en reaccionar indignada, la primera en ejercer presión cerca del Presidente Coolidge para que éste ordene el retiro de las fuerzas de marinería yanqui que ocupan actualmente una buena parte del Estado nicaragüense.

Conferencias, meetings, artículos, etc., todo será estéril hasta que el pueblo norteamericano no esté informado, lealmente, sobre la verdad de los hechos y de los atropellos perpetrados por sus soldados.

Contribuyamos, con estas páginas, que se publicarán también en dos importantes rotativos de dos grandes ciudades de los Estados Unidos, a ayudar a que la verdad — la verdad clara y simple como la pedía San Agustín—, le sea revelada al vigoroso pueblo anglo-sajón. Para ello, demos a conocer a continuación, los altos conceptos que algunos eminentes y autorizados pensadores franceses, e iberoamericanos que viven en Francia, nos han emitido a favor del «bandido» Sandino. Como se verá por esta encuesta imparcial, todos los honores y todos los más fervientes elogios son tributados, con altas miras y sin egoísmos y prejuicios, en homenaje sereno a la viril conducta y noble actitud del general Augusto César Sandino.

Romain Rolland

El genial autor de *Jean-Christophe*, que me escribe de Suiza felicitándome por mi actuación en defensa de la Libertad, en el Quinto Congreso de la Prensa Latina de Madrid, me expresa:

«Me asocio a su protesta contra lo que está pasando en Nicaragua. La invasión de ese país forma parte de una poderosa maquinaria del imperialismo yanqui para apoderarse de todo el Continente americano. Juzgo que el atentado político de Nicaragua es el más urgente de denunciar...»

Henri Barbusse

Refiriéndose a la personalidad de Sandino, mi ilustre amigo Henri Barbusse, me escribe desde los Alpes Marítimos:

«Cuando el ciudadano oprimido se agita y protesta, se le declara rebelde; se dice: Es un bandido. Si se levanta en armas, se dice: Es el odio de raza que lo fanatiza».

Francisco García Calderón

Preguntamos al ilustre Maestro peruano, qué sentimiento le ha despertado la actitud del Jefe nicaragüense. Nos responde:

«Admiración al general heroico que inicia la reconquista del país invadido, con escasas fuerzas, con patriotismo resuelto. En su empeño hallará, dentro de Estados Unidos, considerables fuerzas de opinión, los demócratas, el Partido republicano independiente, senadores, una minoría idealista que combate a la injusticia en diarios y revistas.

»Creo que deben secundar a Sandino todos nuestros pueblos en un acto definido de solidaridad continental. Primera etapa. Más tarde, cuando el general Sandino haya triunfado, cuando hayan cedido los Estados Unidos, un noble examen de conciencia se impone. Todo pueblo dividido será desolado, dice el Libro Santo, y nosotros vivimos en anarquía perpetua, parecemos incapaces de concierto, nos oponemos hasta el frenesí, caudillo contra caudillo, clan contra clan, ofrecemos nuestras riquezas a los banqueros del

(Pasa a la página 171)

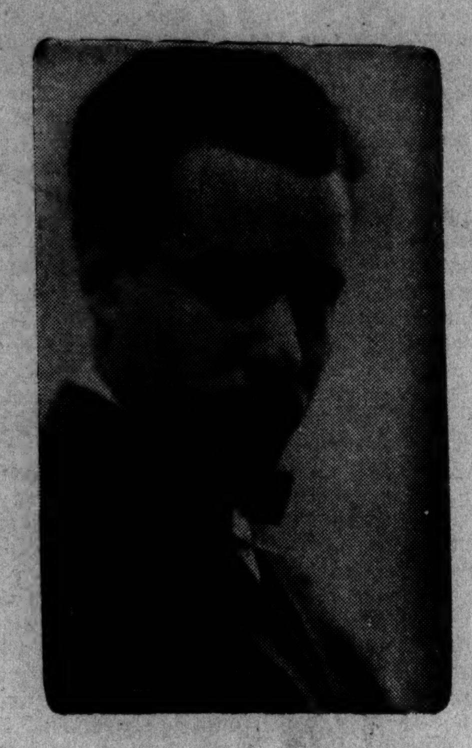
Un virtuoso pianista de Costa Rica

Discurso del Profesor don Roberto Brenes Mesén en el Teatro Nacional de San José de Costa Rica la noche del 13 de Setiembre de 1915, con motivo de la presentación que hizo al público del niño Guillermo Aguilar Machado.

FUÉ divina la Músisa en su origen. Nació en el santuario de los templos, sobre los labios de las Sibilas, cuyos oráculos fueron a un mismo tiempo ritmo de pensamiento y musical armonía. Y ha continuado siendo divina al través de los siglos, porque para la expresión de los excelsos pensamientos del armónico Universo, allí donde la humana palabra encuentra su más alto límite, allí les toma la Música para prestarles el poder de su vuelo.

Los genios musicales, sondando de más cerca el Océano de la Infinita Armonía, desde más temprano se revelan como los mensajeros de las eternas Verdades, que no por ser de más difícil intelección dejan menos profunda huella en las almas de quienes las escuchan con el recogimiento de la unción.

Los más grandes de ellos se han revelado al mundo siendo niños, porque las suyas son almas empapadas de sabiduría no aprendida en los breves años de su presente existencia. Tal es el caso de este niño, Guillermo Aguilar Machado, quien se hará oír de este selecto público a la misma edad en que Mozart se presentó ante la Corte de Londres y a la admiración de la familia real; a la misma edad en que Mendelssohn, después de cuatro años de estudio entra a la Academia de Canto de Berlín; a la misma edad en que Beethoven escribe su primer ensayo de composición musical y se hace asistente de organista de la ciudad de Bonn. Como Beethoven, es hijo de un tenor; pero al revés del destino desgraciado del autor de *Rayo de Luna* a este niño le ha cabido en suerte venir al mundo en un hogar en donde la Belleza, la Virtud y el Arte, en conjunción de noble augurio, cuidan de él con el amor de quien cultiva una exquisita flor de la Humanidad.



Guillermo Aguilar Machado

Pequeñas las manos del artista para dominar la octava, suple con destreza lo que la pequeñez le niega. Posee el poder creador de la interpretación; porque admirable como su ejecución es, más admirable aún es la trascendencia de su interpretación. Y si el divino fuego de la inspiración le llega, le veréis trasformarse como con la presencia sacra de un genio tutelar.

Compuso ya un primer vals; pero su alma se siente henchida de una música superior, a que no alcanza todavía a dar expresión. En breve alcanzará. Porque la Humanidad, enriqueciéndose por donde quiera con estos niños prodigios, espera, aún en medio del horror de las catástrofes del presente, la alborada de un gran día y entonces, el alma de este artista, interpretando las aspiraciones de la Raza que tiene su misma edad, recibirá con la majestad de su música los altos destinos de la nueva Civilización que habrá de desenvolverse en nuestroamado Continente Americano.

R. BRENES MESÉN.

Opiniones de la prensa de Bruselas acerca del concurso de virtuosidad de Guillermo Aguilar Machado

En el Conservatorio. El señor Guillermo Aguilar, que en 1925 obtuvo el primer premio de piano en la clase del profesor Sevenants, concurrió ayer para obtener el Diploma de Virtuosidad. El Jurado de este concurso escogió cinco obras de las quince que el candidato está obligado a presentar.

Guillermo Aguilar, a quien el Jurado le discernió el Diploma de Virtuosidad, posee excelentes cualidades técnicas. Tiene vigor y corrección. Su digitación se adapta a todas las dificultades pianistas que él hace resaltar brillantemente. El joven artista ejecutó el Concierto de Grieg con la mayor seguridad; en la Suite de Scarlatti, notablemente. Aguilar detalló con virtuosidad la Sonata de Jongen, obra a la cual le hizo resaltar sus bellas sonoridades; en fin, en la Fantasía en *Si menor de Liszt*, el concurrente hizo apreciar, sobre todo, un mecanismo muy notable».—*Le Peuple.*

Guillermo Aguilar de Costa Rica, alumno del profesor J. Sevenants, pasó brillantemente el examen, el viernes después de medio día, para el Diploma, particularmente difícil, de Virtuosidad.—*XX Siecle.*

Un alumno de la clase del profesor Sevenants, Guillermo Aguilar de Costa Rica, pasó brillantemente hoy, después de medio día, el formidable examen para el Diploma de Virtuosidad. En un repertorio de quince obras de las más trascendentales, el Jurado escogió sucesivamente, el Concierto de Grieg, una Suite de Scarlatti, la Sonata de Beethoven (op. 110). La Sonata de Jongen y la Sonata de Liszt que el joven virtuoso ejecutó de «memoria», con conciencia y autoridad. Las cualidades incontestables, de las cuales ha dado pruebas Aguilar, tanto del punto de vista musical como de su técnica, le permiten entrever una brillante carrera de virtuoso y hacen honor a la escuela de su profesor Sevenants.—*Le Soir.*

De la *Revue Musicale* que dirige Paul Gilson, considerado como la primera autoridad musical de Bélgica:

Un joven pianista, G. Aguilar que en 1925 obtuvo el primer premio de piano en la clase del profesor Sevenants, acaba de pasar brillantemente el examen impuesto para obtener el Diploma de Virtuosidad. Bien difícil este examen. Entre las quince obras presentadas al Jurado, escogió cinco, entre ellas, la Sonata en Si Menor de Lizt, que ella sola dura exactamente media hora. No fué un alumno el que tuvimos delante, fué un artista en toda la acepción de la palabra, un virtuoso en poseción de un temperamento excepcional; él puso en su interpretación aquella parte de emoción en la cual se reconoce el músico de casta y dotado de una técnica ágil y firme que le permite ejecutar con brío las obras más arduas de la literatura pianista. Aguilar vió abrirse delante de él una carrera de pianista que se anuncia bajo los más felices augurios.

Obteniendo esta gran victoria, corrobora la excelencia de la escuela y confirma una vez más, al alto valor del método pedagógico del profesor Sevenants.

Es connatural a todo pensamiento político que cumpla su deber. La meditación política no es libérrima, como la ideología o la producción literaria. El pensamiento político tiene que rozar constantemente el lugar común, precisamente para evitarlo y deslizar algo nuevo. Lo que tiene de lugar común permite que la mente colectiva lo entienda; lo que tiene de nuevo le proporciona fecundidad e impulsa el avance y la reforma.

José Ortega y Gasset

Panorama intelectual de México

Literatura de Izquierda

II

(Véase el número anterior)

Dentro de las posibilidades, cabé señalar con este nombre cierto grupo de la literatura mexicana.

Ya he dicho que ella no representa la expresión estética de una clase, pero es el comienzo, y en éste, se puede citar como la demostración más saludable, el llamado «movimiento estridentista».

Lo inicia Maples Arce — y encuentra sus discípulos en un grupo joven optimista, ansioso de ejercicios nuevos que desentumezcan el quietismo un poco anciano de «el arte por el arte».

El movimiento estridentista que comienza en la ciudad de México, escoge luego su sede en la pequeña y bellísima ciudad de Jalapa, capital del Estado de Veracruz.

Lo forman: Kin Tanilla, Arqueles Vela, List Arzubide, Salvador Gallardo, pintores, escultores, arquitectos, fotógrafos y un gran entusiasta y animador, José Juan Tablada.

Qué repercusión tiene en México el movimiento estridentista? — Ninguno. Estridentópolis también es una ciudad cerrada —ya no una torre de marfil— con rascacielos, aviones, radio, etc. y máscaras de German Cueto—pero en esta ciudad de mucho ruído, de mucha alegría, no transitan más que los iniciadores del movimiento que debe concluir en ellos.

De todos modos, es ya una estética revolucionaria, dentro de una expresión individualista, y exaltadora del dinamismo moderno y del triunfo de la máquina sobre el hombre.

Y esta misma literatura de izquierda, sigue perteneciendo a una clase, la de los menos sobre los más.

Maples Arce, el gran poeta estridentista, puede parangonársele con nuestro Alberto Hidalgo. Sus libros: *Urbe*, palabras arengatorias a las nuevas ciudades de los hombres fuertes. *Andamios Interiores*, y finalmente, *Poemas Interdictos*.

Alguien ha querido llamar a este poeta el poeta de la revolución. Estéticamente sí,—ideológicamente, no hay ninguno en primera línea. Balbuceos, ensayos, ya dijimos.

Y me quedo con las canciones populares.

Pero Maples Arce en quien todas las corrientes han tornasolado su modo expresivo, deja sentir en muchos poemas suyos, el aletazo de la revolución. Por *Urbe* misma, canto a la fuerza, se filtran voces de protesta. Quizá si es en *Poemas Interdictos* y en el poema *Revolución*, donde Maples hace culminar su rebeldía ideológica. Y nada más

Arqueles Vela es el prosista del estridentismo, de más original desconocimiento de la Academia, del sentido común, de la lógica y de todo lo fósil. *La señorita etc.*, *El café de nadie* descubren un nuevo humorismo, completamente fuera de todo lo esperado, claraboyas abiertas a panoramas inéditos en el paisaje literario de América, donde Kin Taniya, con *Avión* y *Radio*, ha dado ya una primera pincelada de tonos admirables, quizá la más humana y la más nueva.

Arqueles Vela, revolucionario, desconoce o no reconoce, la revolución mexicana como posible inspiradora de una estética económica. Su arte si está a la izquierda de las corrientes artísticas, permanece paradójicamente a la derecha, como el de todos los estridentistas, inclusive Kin Taniya.

List Arzubide, constatador del «Estridentismo» que como gesto de juventud, carece de programa preconcebido y se expande a todas las posibilidades, es quizá el más revolucionario ideológicamente, aunque lo sea el menos, en cuanto a la ténica.

Menos artista, más poeta—más contenido humano, captación de su época. Líst realizó una obra de propaganda revolucionaria desde *Horizonte*, la revista más americana de América y con mayor definición ideológica que en sus libros. *Viajero en el vértice* y *Esquina* son su manera poética estridentista—*Exaltación de Emiliano Zapata* es su manera revolucionaria. Tiene otros libros de propaganda. *Plebe*, con bellos aciertos populares, etc.

Gutiérrez Cruz, que produce poemas de índole más proletaria, está más identificado con el alma de la masa. Su labor cerca al obrero y campesino mexicano le dieron opción a conocerlo mejor. Su libro *Sangre Roja* tiene valientes notas arengatorias.

Elena Alvarez no es poeta. Se dedica al teatro y al cuento, siempre con inspiración revolucionaria.

La novela tiene un notable ensayista en Mariano Azuela, que no perteneciendo a esta generación, es, sin embargo, ahora, el que con mayor éxito cultiva la novela regional. *Los de Abajo*, vida de revolucionarios mexicanos, posee todo el sabor fuerte y emocionante de los que intuitivamente labraron a base de rebeldía el futuro de su patria.

La tercera edición de este libro, está ilustrada por el notable español Maroto.

La izquierda literaria se caracteriza, pues, por positivos valores jóvenes, pero de ningún modo señala el advenimiento de una estética revolucionaria en el contenido y en la forma, que responda al fenómeno histórico más trascendental que registra la historia de América.

Magda Portal

Primavera

De *Manuel Maples Arce*

El jardín alusivo se envaguece de esperas
y el corazón despierta a las últimas cosas.

Un soplo de radiolas
avientan hacia nosotros
sus rumores de vidrio.

Los poetas comentan la renuncia del día.

Las calles vagabundas regresan del exilio.

Una tenue esperanza me llevó a sus caricias;
su imagen repentina me estremece en lo hondo;
anida su blancura en la tarde latente,
y mientras que desciñe su busto de suspiros
los árboles alumbran nuestro secreto cósmico.

La ausencia es el perfume que me deja en el pecho.
La pierdo en la espesura
de la vida moderna,
y nuevamente vuelvo,
al campo de deportes con sus lunas auténticas.

Apuesto a su sonrisa en el juego de pokar,
lecturas de la música anegadas de lágrimas.

Cuando pongo en sus manos
el cheque de mi adiós,
los expresos sonambulos
despiden nuestras sombras,
y el mareo de los puertos dentro del corazón
(Solfea la primera
sus lecciones.)

De pronto el desenlace oscuro de la célula.

Transaré con los pájaros su recuerdo sangrante.

Alba

De *Kin Taniya*

Peces opiómanos
de la Bahía de Cantón
se despiertan
y deslizan con lujuria
al rozar pechos erguidos
de las hembras caídas
que ha desnudado el mar.

Las almas
caminan sobre el río
para no tocar el polvo con los pies.

Y estas frías perlas de rocío
son amargas lágrimas de espuma
que el alba se robó del mar.

La bocina está ya ronca
de gritar cosas distantes
y las frívolas antenas
gozan eléctricos espasmos de frescura.

El plenilunio
fué tan claro
que los árboles
todos
amanecieron
pintados de azul.

Ciudad número 1

De *List Arzubide*

Ciudades que inaugura mi paso
mientras los ojos de ella
secuestran el paisaje.

El grito de las torres
en zancadas de radio.

Los hilos del telégrafo
van colando la noche
y en las últimas cartas regresó la distancia

y con la boca abierta
el crepúsculo espera
que se resbale la primera estrella.

Las aceras
se enredan
a mi planta.

El balcón
de su adiós
se entrega entero en una conversión.

En la esquina
las muchachas inéditas
han encendido los voltaicos
y el paisaje metido en los eléctricos
va diciendo los nombres retrasados.

Un vals en el exilio
remendado de notas de colegio

Y

cruzado de brazos
el *Hotel*
lacrado con el grito de todos los países
y un pobre tiempo viejo.

Esta ciudad es mía
y mañana
la arrojará a puñados
al camino de hierro.

Sandino, campeón de la libertad...

(*Viene de la página 158*)

Norte y despilfarramos el capital recibido, nos gobernamos sin previsión y sin presupuesto. El orígen de nuestros males está en nosotros, en el pecado que cometemos contra el Espíritu».

Manuel Ugarte

El eximio idealista argentino me contesta desde Niza:

«El sentimiento que ha despertado en mí la actitud de Sandino se concreta en una exclamación: ¡Al fin! En nuestras tierras donde hacen ley los caudillos egoistas, atentos exclusivamente a su encumbramiento, surge el militar patriota que no persigue una mísera presidencia, sino la libertad de su Patria. Sandino se eleva por encima de las fronteras de su propia república, y aparece como el brazo de una doble reacción continental. Reacción contra el invasor extranjero, y reacción contra los traidores que favorecen sus planes».

—¿Cree usted, Maestro, que la América entera debe respaldar al héroe?

«Creo que toda nuestra América debe estar en cuerpo y alma con Sandino. Si no lo hace, sancionará su sometimiento. Si no lo hace, habrá que desesperar del porvenir».

Isidro Fabela

El eminente patriota e internacionalista mexicano autor de *Los Estados Unidos contra la Libertad*—y que pronunció hace días una brillante conferencia en París, comentando la pasada Conferencia Panamericana de la Habana—se sirve contestar bellamente a nuestra encuesta:

«El general César Augusto Sandino, defendiendo como un desesperado la independencia de su Patria, contra el yanqui invasor, es un símbolo: representa el valor y la dignidad de nuestra raza. Debemos loarlo y amarlo. Con sus treinta años heroicos, erguido en el majestuoso pedestal de sus montañas y desafiando los aeroplanos guerreros de los Estados Unidos, que ha sabido abatir, se nos figura un nuevo David derribando con la honda de la Libertad al moderno Gigante Goliat de corazón de dólar. Debemos respetarlo y alentarlo».

»La carta del General Sandino al paladín de las Libertades Públicas, Froylán Turcios, me parece el testamento de un mártir; es de un patriotismo sagrado y de un valor elegante; nuestros maestros de escuela deberían enseñar a los niños de América, sus palabras sublimes:

(Puede usted estar seguro de que no depondré mi actitud hasta no arrojar de mi Patria a los invasores.:. Mi aspiración es rechazar con dignidad y altivez toda imposición en mi país de los asesinos de pueblos débiles... Nicaragua no debe ser patrimonio de imperialistas y traidores y por ello lucharé mientras palpite mi corazón... Y si por azar del destino perdiere todo mi ejército... en mi arsenal de guerra conservo cien kilos de dinamita que encendería con mi propia mano... Sandino moriría sin permitir que manos criminales de traidores e invasores profanaran sus despojos. Y sólo Dios omnipotente y los patriotas de corazón sabrían juzgar su obra).

»Pero Sandino no debe morir y no morirá: hombres así necesita nuestra Patria Grande para desafiar algún día, de Potencia a Potencia, al imperialismo norteamericano, y acabar con él».

Creo resueltamente que la América entera debe respaldar moralmente al jefe nicaragüense. Toda la América, como todos los ciudadanos que amen la Libertad, de pie, con solemnidad religiosa deben respaldar y aplaudir a nuestro bravo Leónidas. Nuestro, porque Sandino es sangre de nuestra sangre, como Nicaragua es una provincia de nuestro Estado supernacional de Hispanoamérica. El bofetón que recibe en el rostro la Patria de Rubén Darío nos hiere a todos los latinoamericanos en el alma. Por eso, en cuantas formas existan o pudiera imaginar nuestra fraternidad cordial, estamos y estaremos con el general César Augusto Sandino, el pequeño gran David del imperialismo norteamericano».

Carlos Deambrosis Martins

París. Febrero de 1928.

Polvo del camino'

Ñor Ramón Solís

Al desempolvar antiguos retratos de coterráneos, reviven en mi mente los rasgos firmes de este viejo habladorzuelo. El sombrero de fieltro alón y color de tabaco bajo el cual florecen dos pupilas celestes y diminutas, le da el aspecto de un hongo risueño. Pequeñín, panzón, se rasca la barba allá quién sabe cuánto. Camisa a cuadritos azules, remangada hasta los codos, manchada de manteca y de sangre, los brazos peludos; los pantalones ceñidos a la cintura con una correa de cuero lucia y grasienta, de hebilla plateada, los ruedos recogidos en dobleces irregulares; pequeño el pie, lo mismo que las manos; la falta de algunos dientes le hace emitir al hablar muy pronunciado el sonido de la ese. Trabaja como peón en la carnicerías y casi siempre se le ve con una conyunda de lazar el ganado, o con un mecate grueso al brazo; al cinto un cachablanca en su cubierta; olor de res vacuna.

Le rodea un auditorio de cinco o seis personas junto al mostrador de la venta de licores, casi todos son muchachos de poca edad. Les habla:

—Seguro están pensando que me voy a nojar porque me dicen *Cacique*. No sean tontos, si eso no es ofensa: mote de familia, por lo coloraos; cuando muchacho era yo mismamente un cacique veranero. Entonces era yo muy tigrón pa las mujeres; el todo era que las pudiera palabriar a solas; así juera un querubín la indina, caiba con seguridad. Me casé aburrido del mundo, y aí estamos yo y la mujer apostando a cual se vá primero. Es más delicada que un vidrio...

Se extiende luego en relaciones de otro orden. Estuvo en la guerra del 56 contra «Vocar», y más tarde en el 85, cuando Barrios, fué hasta Honduras. En la noche del famoso 7 de Noviembre se echó a la calle con su cruceta bien afilada; como sabían que era rodriguista de los de opinión y les había dicho que podían contar con él para cualquier apuro, lo tocaron desde la víspera; todos eran hombres de calzones. En el 56 se portó muy gallo: mató a cuanto macho condenado se le puso por delante; de puro milagro está contando el cuento, pero las balas lo perseguían como si hubieran sido avispas, y él más bien las toreaba echándoles vivas a Costa Rica, a la Virgen del Pilar y al pueblo de Tres Ríos; pueden preguntarle a José María Quesada y a Jesús Acuña que no lo dejan mentir. Eso sí, primero se embrocaba su buen farolazo de guaro con «pólvera» para que le ardiera la sangre. Así que se le acabó el parque dijo a volar balloneta y a abrir panzas que era un gusto: como veinte machos despachó a los infiernos, uno enseguida de otro. Estaban en lo mejor de la batalla, cuando le pegaron un semillazo al capitán que los mandaba y se vino de la bestia al suelo. Los compañeros comenzaron a gritar: «Que se monte Ramón. Que se monte Ramón». Adió, ¿quién dijo miedo? Se persignó, se subió en la ruca, le metió las espuelas en la panza y en menos que se reza un credo puso en fuga al yanque. Desde ese día le puso cariño el coronel, y siempre que se ofrecía una comisión de peligro: ir a llevar un parte o cogerle alguna cábula al enemigo, lo volvía a ver y decía: «Que vaya *Cacique* y que descoja su gente él propio». A Tres Ríos vino la noticia de que lo habían matado en un combate peleando y como tardara más que los otros en volver, la familia dispuso hacerle los nueve días; como a la segunda noche fué llegando a la casa, estaban rezando; la mujer que salió a abrirle la puerta se puso a gritar: «Aquí está julano...». Todos los que estaban en el rezo salieron a pito y caja, cerco adentro; pensaron que andaba espantando; le costó convercerlos. Apenas los saludó a todos, se cambió la ropa y salió con amigos a echar tonadas donde las conocidas. Era bueno para cuartetas, las ha olvidado ya, aunque talvez recuerde algunas. Se sitúa en el centro de la estancia, se coloca una mano sobre el sombrero y la otra en la cadera; aclara la voz y dice:

En esta sala bailando
en medio de muchas muchachas,
yo tenía un cuchillito
que le sonaban las cachas.

El último verso lo canta y lo repite haciéndole una cadencia especial acompañada de un movimiento rítmico del cuerpo. El policía que hace la vigilancia de la calle se acerca y advierte a todos que es hora de trabajo. El viejecillo pide un traguito pequeño, se lo sirven y sale sumiso, calle arriba, caminando despacio y a paso indeciso; se detiene de cuando en cuando, mira hacia atrás y continúa la marcha. Ha llegado frente a su casuca, hace esfuerzos vanos por abrir la puerta, se recuesta contra las maderas y canta:

Echame ese toro ajuera
hijo de la vaca mora,
que quiero sacarle una suerte
delante de mi señora.

Del interior han acudido a abrirle; de la calle se oye la voz apagada del mismo canto al cerrarse de nuevo la puerta. Sobre el techo cubierto de musgo se ven algunas matas de helechos amarillosos, de los que aparecen en las tejas de barro viejas, y en el centro, sobre la cumbrera, tres crucecitas de arcilla cocida, mínimas, ruinosas.

Es en 1891.

Rubén Coto

Propiedades antigénicas de la sangre de viejo

Por

C. Picado T.

En el *Repertorio Americano* N.º 4, de 28 de Enero de 1928, habíamos expuesto un sistema de Inmunización contra la Vejez, basado en la concepción de que el suero de viejo posée cualidades inmunizantes, diferentes de las de la sangre del joven.

Expondremos ahora el resultado de nuestras experiencias que confirman tal manera de juzgar:

Un conejo macho **A**, recibe por vía intravenosa, intraperitoneal y subcutánea inyecciones de suero de niño (7 a 10 años) repetidas a una semana de intervalo, 7 a 9 veces. Otro conejo macho **B**, de igual peso que el anterior, recibe en cantidades y condiciones idénticas suero de hombres viejos (62 a 76 años).

Como era de esperarse, el suero de ambos conejos precipita todo suero humano, pero cada uno hace flocular más intensamente el suero de la edad con que fué inmunizado. La mejor manera de probarlo es hacer por una parte una mezcla, por partes iguales, de varios sueros de niños, que se deja por 24 horas, en nevera, en contacto, una parte con el suero de conejo anti-niño y otra parte con el suero de conejo anti-viejo; otra mezcla de varios sueros de viejos es también puesta en contacto con cada uno de los sueros de conejo.

Al día siguiente ponemos los cuatro tubos, durante dos horas a 37° C y notamos que mientras el suero de conejo anti-niño flocula mejor el suero de niños, el suero de conejo anti-viejo, precipita más netamente el suero de viejos.

En cuanto a las reacciones de desviación del complemento, las diferencias son menos marcadas, pero cuando se manifiestan, la fijación es más intensa con el suero homólogo.

Añadamos, a lo evidente de esta experiencia cruzada, varias veces repetida, que los sueros empleados en ella, provienen de personas que no habían sido empleadas en la inmunización preliminar de los conejos.

Esta es la primera vez que se demuestra experimentalmente el hecho fundamental para nuestra doctrina:

«*El suero de viejo comparado con el suero de joven de igual especie, posée propiedades antigénicas cualitativamente diferentes*».

(Trabajo del Laboratorio del Hospital).
San José, Costa Rica, Marzo de 1928.

Un cuento en huelga

Para *Gamaliel Churata*

Shilka se fue con otro hombre. Shilka mía!

El indio rasgaba en su guitarra el dolor de sus ojos encendidos — lloraba junto con sus cuerdas, tan fuerte, que la noche se desplomaba a pedazos.

Oh, cielo salpicado de rocío amarillo como un campo de amapolas—El viento atizaba los ojos ardidos de Juan—llorando el miedo de ser solo, de sentir que el mundo sacude sus nervios revolucionarios con un cansancio de siglos, de sentir correr su sangre por el cuarto como el ruído que hace el silencio.

Shilka mía! Shilkachai! — La guitarra gemía tan desesperadamente que la sombra un instante atropelló las paredes.

Hombre abandonado — qué triste es ser solo—La gran soledad creadora desenvolvía su recuerdo para ver a Shilka como la primera vez en la fiesta de Santiago, bailando en la plaza mayor con las cornetas de carrizo en cuya garganta el viento duele y ahulla como los perros de media noche. Era tan linda que sus pechos como las piñas picoteaban el deseo de los chutillos que se emborrachaban para gritar como faunillos de acero alrededor de las vírgenes indias que reían como los venados espantados, desbordándose junto con las cornetas que herían el tiempo para amarrarse entre pajonales y peñascos hasta ensangrentar las banderas del pudor y regresar al día siguiente donde sus padres con el novio cazado en la noche.

Shilka fué una de esas indias que tenía los labios como el sol del crepúsculo, con el cuerpo moreno de cactus floreado en los dientes. La Shilka pura e ingenua como una mazorca de maíz blanco. Cuando el Gobernador hizo la cacería de su Juan para enrolarlo en el ejército, rodando con su pena llegó a la casa de éste—y se humilló hasta que violaron sus mejillas unas acequias de agua transparente.

Juan marchó a la capital

Al día siguiente el Gobernador visitaba la estancia de Shilka llevando consigo dos botellas de aguardiente—esa noche la hizo brincar de terror y bebió amenazada por la Cárcel.

Más tarde la Shilka parió un hijo del Gobernador—cerca de su choza hizo su nido un pájaro agorero que lloraba todas las noches.

Pasó el tiempo y Juan no regresaba—La Shilka se iba a los cerros a enredar su canto con los arbustos que cojía para la merienda.

Una tarde, cuando la noche bajaba por las montañas, llegó Juan—cómo se abrazaron—zapateaban de alegría sobre sus corazones quemados de hielo puneño. Pero la Shilka, esa misma noche tiró todo su cariño a Juan al río que corría como un potro blanco en el fondo. Se sentía indigna.

Al rayar la aurora, la garganta de los pájaros es el reloj de los campesinos y Shilka se marchó sin decir una palabra.

La guitarra, la compañera que nunca abandona se moría bañada por la granizada que caía de los ojos de Juan.

1928.

Serafín Delmar

Arboles Silenciosos

(Manos limpias).

Eran, sin la figura de hipérbole sus manos
espejos limpios, limpios de limpieza cabal.
¿Habéis visto gloriosos espejos venecianos,
de una luz candorosa bañada y matinal?

¿Habéis visto dos trozos de madera pulidos?
Hay en el carpintero, simbolismo cristiano
de lucientes y claros espejos florecidos,
en una luz muy niña de resplandor lejano.

Sus manos... Estoy viendo, con ojos deslumbrados,
de visión primitiva, la dichosa inocencia
del alabastro, rosa clásica de rimados
versos, para mi nuevo misal de gaya ciencia.

Cuando, en unas palabras de claridad cristiana,
más nobles que los nobles mármoles de Carrara,
rece: Luz, alegría de mis ojos ¡Hermana
de Siete Sacramentos, Hermana mía Clara!,

por tus pájaros blondos, por tus griegas ventanas,
por tus inexpugnables castillos de alegría,
por tus rubios Domingos de ligeras campanas,
por todos los poliedros de tu geometría,

clara de Jesucristo, mi muy querida hermana
de los cuentos de rosa, mis ojos deslumbrados,
celebran tus misterios de dicha franciscana,
en versos silenciosos, profundos y encantados.

Que la mano sostenga bien y el ojo que lea,
el libro cuyo nombre silencioso no digo.
Y leyendo, leyendo, recemos: ¡Así sea!,
sentados a la sombra dichosa del Amigo.

¡Atril del Evangelio! Tu supremo destino,
sostener ese libro. La mano sosteniendo,
limpia, limpia; los ojos, abiertos al divino
Sol de la Luz Eterna, limpios, limpios, leyendo.

A. H. Pallais, Pbro.

León, Nicaragua. Diciembre 30 de 1928.

Ideas políticas

= De *El Sol*, Madrid =

...Triste es toda solución que se limita a cancelar un pasado sin planear en fórma positiva y no vaga un porvenir. La alegría es la emoción matinal por excelencia. Un pueblo sólo puede sentirse alegre si se le sugiere la impresión de que está viviendo una mañana, la juventud de un día, la iniciación de una época, la partida para una hazaña.

...Pero la buena fe no basta para hacer una buena Constitución. Es menester, además, tener fe en algún destino nacional. El Estado, a fuer de instrumento, sólo es bueno cuando es bueno para una finalidad determinada, cuando anticipa y prepara cierto tipo de vida histórica. Ahora bien: no hay vida histórica cuando no existe una empresa colectiva propuesta a la masa ciudadana que oriente y organice su pululación multitudinaria.

Buena parte de las dificultades sobrevenidas en los últimos veinte años proceden de la desmoralización en que por fuerza ha caído el pueblo español desde hace muchas generaciones. Es la desmoralización de quien no tiene nada que hacer. En la vida privada necesitamos una tarea que nos la organice. En la convivencia pública, lo mismo; sólo que en ella la tarea tiene a su vez que ser pública.

...Lo que parece ilusorio es querer que un pueblo viva colectivamente sin un tema o proyecto de empresa histórica.

Cuando éste falta no puede ir bien nada, ni siquiera la máquina del Estado como tal; es decir, gobernación y política. Por mil razones; pero, ante todo, por una muy sencilla. Una política que no contiene un proyecto de grandes realizaciones históricas queda reducida a la cuestión formal de gobernar en el sentido menor del vocablo, a la cuestión de ejercer el Poder público. No se trata de hacer obra con él, sino, simplemente, de complacerse en ejercerlo. Esto elimina automáticamente de la política a todos los hombres de calidad superior. No se le dé vueltas: de calidad superior sólo es el hombre que se siente irresistiblemente atraído por la delicia de creaciones objetivas. No le divierte más que eso. Va a la ciencia porque siente una voluptuosidad indecible en pensar sobre tal o cual problema teórico y hallar su solución. Va a las letras o a la industria por una necesidad ineludible de crear, de producir, de hacer cosas que se tengan en pie. El hombre inferior no siente esta inexorable atracción hacia lo objetivo, sino que piensa sólo en su persona. Si va a la ciencia, a la industria, no es a crear por crear, sino a fingir la creación para figurar él. Pues bien: una política sin tarea de creación histórica elimina a todo el que no sea puramente un ambicioso. La ambición por excelencia es la del poder. Quiere poder, no quiere hacer. Siempre en la política predominarán los ambiciosos; y cuando ha sido siempre así, alguna razón habrá. Pero lo importante es que la política atraiga también a gentes que no son ambiciosas o que no lo son exclusivamente. La fecundidad de aquélla depende de la porción de hombres creadores que sepa enrolar en su servicios.

El alejamiento de la política en que viven muchos españoles óptimos no tiene otro origen que la inanidad de los programas. Sólo se les puede atraer si se les propone una tarea de efectiva creación. Otra cosa no los divierte.

José Ortega y Gasset

Cable

(Cortesía de la Legación de Chile).

Entre homenajes con que educadores chilenos han celebrado visita del Ministro de Costa Rica, señor Dobles Segreda, tiene gran importancia banquete ofrecido por Rector de la Universidad, doctor Daniel Martner, y director Instituto Pedagógico, doctor José María Gálvez, por asuntos educacionales allí tratados. Hoy celebró doctor Dobles Segreda conferencias con Director Técnico Educación Primaria, Gómez Catalán, con Director Educación Secundaria, Luis Galdámez y con Director Educación Artística, Armando Donoso, todo ellos en gran beneficio para intereses espirituales latino-americanos. Comuníquelo maestros Costa Rica con saludos afectuosos maestros Chile, que han recibido mensaje señor Dobles Segreda con regocijo entusiasta y agradecimientos.

Maximiliano Salas Marchán

Las columnas del panamericanismo

=De *El Espectador*. Bogotá=



Las cuatro columnas de Mr. Hughes

Por Rendón

Mientras Sandino se debate con heroica temeridad contra el yanqui en las breñas nicaragüenses, como aquel Viriato que en brega imposible con la omnipotencia romana sólo pudo ser vencido por la traición, un alto vocero del cinismo estadounidense se lanza ufano— *urbi et orbi* — en el banquete dado por la cámara de comercio cubano-americana al personal de la conferencia, un mensaje falaz que repercute ingratamente a través de los pueblos que deben su existencia al genio de Colón y a la espada de Bolívar.

Con una amplia introducción, que quiere ser el atrio de un templo portentoso, por cuatro columnas sostenido, el discurso de Mr. Hughes sobre el sentido y los alcances de la Unión panamericana, antes que el emblema de tal templo, se ofrece a las gentes de este lado del Río Grande como un simulacro de una humilde construcción que cuatro horcones sustentan.

Imaginara el delegado americano forzando la estrechez de su fantasía, una gran fábrica ideal que arrancando de la tierra se alzara sobre veinte sustentáculos, que son las naciones de Hispanoamérica, en que éste simbolizara la «independencia», ése la «estabilidad», aquel la «mutua buena voluntad», el otro la «cooperación», el siguiente armonía, el de más allá la cordialidad, el que le sucede, la justicia, y así hasta agotar las simbólicas columnas, sobre las cuales se tendieran, a guisa de cúpula procelosa, enlazados y abiertos al mundo, los pabellones de los pueblos reunidos; y no tuviéramos que venir a estas horas a decirle que su creación es embustera y menguada, porque sobre cuatro columnas no pueden levantarse sino dos horcas caudinas, que podrían ser muy bien la representación de la política predatoria de los secuaces de Roosevelt.

Pensándolo bien, el Panamericanismo debe ser, en grande, en cuanto a las entidades que lo componen, lo que es una nación o una familia, en pequeño, respecto de los habitantes que la constituyen o de los miembros que la integran.

Para que una nación o una familia anden bien, han menester, ante todo, que la armonía regule todos sus actos. Y se ha visto que Mr. Hughes prescinde de ella en su discurso, suprimiendo así la más poderosa, la columna de diamante del edificio ideado por él; en lo que ha hecho bien, porque de otro modo habría sumado una contradicción más a su discurso, pues para todos nuestros pueblos es claro que son los Estados Unidos la primera potencia que ha roto, está rompiendo y seguirá alterando esa armonía con su política de dominación y penetración, con su espíritu de rapacidad, con las ventajas que deriva de su inmensa red de oro, en que caen como peces incautos pueblos y más pueblos; con ese supremo poder, en fin, que la capacita para adoptar ante el mundo entero el arrogante lema que le dió la fábula al rey de los felinos: *Quia nominor Leo*

Cierto que la independencia, la estabilidad, la mutua buena voluntad y la cooperación valen mucho. Pero algo más debe exigirse, por encima del mismo calor de afecto, columna de oro, que también olvidó el orador americano, a una entidad como el Panamericanismo, para que no siga siendo, como lo ha sido, un ente de razón, un nombre vago que sólo encubre ventaja para los Estados Unidos, amenazas y aprensiones para los hispanoamericanos.

La justicia que es el alma de los pueblos, ha debido ser otra columna capital, columna de bronce, de la flamante fábrica. Pero yace medio sepultada y mútilada a los golpes ciegos del mismo pueblo en cuyo nombre habla el arquitecto infortunado. Lo prueban Panamá y México y Haití y Santo Domingo, y lo está diciendo Nicaragua, donde cada grito de protesta por la intervención americana lo inspira la injusticia que tal conducta origina.

La buena fe, base de todo acuerdo, columna de cristal de roca, no estaba al alcance del arquitecto americano, porque su pueblo, o mejor su gobierno, la enterraron a mil codos desde el nefasto día cuya luz apagó la inmensa llamarada de libertad con que la gran estatua inflama los cielos del Norte, por haber un presidente de la Unión lanzado al mundo esta frase de infamia: *I took Panama*.

El desinterés, sin el cual no existe unión posible, columna de mármol, es algo exótico en aquel país del dólar. Y esa columna no podía haberla nuestro arquitecto, por lo cual deja un claro en esta fábrica que la diplomacia mendaz quiso sublimar hasta el cielo ante los mundos estupefactos.

El respeto mutuo, sin el cual todo acuerdo es fábula y ludibrio, tampoco se alzó, columna fuerte, al llamamiento del constructor, porque habiendo el pueblo americano sembrado la desconfianza, semilla prolífica y nociva, a lo largo y a lo ancho del continente, mal podía hallarse el conjunto de metales de que se formó la columna de Corinto, símbolo del haz de voluntades de tántos pueblos, para erigirla como soporte indestructible del templo del Panamericanismo.

Otro vacío, ya anotado por Pueyrredón, es el de la cooperación económica, columna de plata que se reserva en sus sótanos el pueblo más comercial del mundo, por lo cual no lució como sustentáculo del infausto momento de Mr. Hughes...

Como este palacio ha de ser de todos y para todos, con derecho a llevar a él cada nación sus escudos y sus símbolos soberanos, para ornamentar los muros y decorar su cielo, ya vemos campear en primer término los atributos y emblemas del pueblo americano: este cuadro de tamaño heroico representa a la Libertad iluminando al mundo; ése, al águila rapaz volando por todos los cielos; aquél, el Piel roja aplastado por la mano férrea de un coloso; el otro, al negro indefenso batido por perros y balas en las breñas del Sur. Luego vienen los que reproducen hazañas internacionales: la toma de Panamá y la apertura del Canal, el despojo de Méjico, el de Santo Domingo, hasta el bloqueo heroico contra Sandino y sus milicias; el ancho mar ocupado con acorazados y flotas comerciales; la tierra sembrada de trigos y poblada de rebaños; el cielo oscurecido por águilas: todo enorme y sublime, como los emblemas del escudo de Aquiles.

Y en los sitios intermedios ya colgarán las otras naciones sus pobres cuadros, sus ofrendas humildes...

Pero como cuando el caos es el arquitecto, el edificio será Babel—que dijo Hugo—el palacio del Panamericanismo, con tánto énfasis construido y adornado, pero con cimientos de contradicción y columnas endebles, en vez de ofrecer seguridad a los delegados que han de ocuparlo, tiene que infundirles zozobra y hacerlos estar de pies y con el sombrero listo, no sea que en la hora menos pensada, castillo de arena, se desplome sobre ellos.

Y cada delegado irá a su pueblo a decir la triste verdad: que el Panamericanismo es una torre de humo, un simulacro, un bello sueño irrealizable. Que el deber común es vigilar cielos y mares, porque son muchas las águilas rapaces, porque son muchos los buques piratas que amenazan por todos los extremos del horizonte.

Y el peor enemigo, el oro yanqui, que ilumina, que iluminó —pues ya se ha ido—con reflejos siniestros, las paredes de nuestras cajas oficiales.

Manuel Antonio Bonilla



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

La ley de la ayuda

La primera ley esencial del universo y el segundo nombre de la vida es «la ayuda». El segundo nombre de la muerte es «la separación». El gobierno y la cooperación son en todas las cosas las eternas leyes de la vida. La anarquía y la competencia son eternamente y en todas las cosas las leyes de la muerte.

Acaso el ejemplo mejor, aunque el más vulgar, que podríamos presentar de la naturaleza y el poder de la consistencia, será el de los cambios que pueden tener lugar en el polvo que pisamos.

Exceptuando la degradación animal, difícilmente podemos llegar a un tipo más absoluto de inmundicia que el fango. En la mayoría de los casos veremos que este fango está compuesto de arcilla (o polvo de ladrillo que es arcilla quemada) mezclada con hollín, un poco de arena y agua. Todos estos elementos están en guerra desesperada entre sí y destruyen recíprocamente su naturaleza y facultades, compitiendo y peleando por un puesto a cada pisada de vuestros pies: la arena oprimiendo a la arcilla, la arcilla al agua y el hollín metiéndose en todo y manchándolo todo. Supongamos que esta onza de barro queda en perfecto reposo y que sus elementos se agrupen de suerte que sus átomos puedan mantener las más estrechas relaciones posibles.

Empecemos por la arcilla. Deshaciéndose de toda sustancia extraña, se convierte gradualmente en una tierra blanca, ya muy bella, y se dispone, con ayuda del fuego, a convertirse en porcelana y a conservarse en los palacios de los reyes. Pero esta consistencia artificial no es su mejor cualidad. Dejadla tranquila que siga su instinto de unidad y se haga no sólo blanca, sino clara; no sólo clara, sino dura; no sólo clara y dura, sino que pueda colocarse de tal manera que pueda lucir admirablemente a la claridad y recoger sólo los rayos azules más hermosos, despreciando los demás. Podemos, pues, llamarla un zafiro.

Siendo ésta la suerte de la arcilla, dejemos también reposando a la arena. También se convierte primero en una tierra blanca, luego procede a tornarse clara y dura y, por último, se ordena en líneas paralelas, misteriosas, infinitamente bellas, que tienen la facultad de reflejar no solamente los rayos azules, sino los azules, verdes, purpúreos y rojos, con la mayor belleza con que pueden verse en una materia sólida cualquiera. Lo llamaremos, pues, un ópalo

Después viene el hollín; no puede hacerse blanco a lo primero, pero en vez de desalentarse trata de endurecerse más y más y se hace al fin claro y la cosa más dura del mundo, y en cambio de la negrura que tenía obtiene la facultad de reflejar todos los rayos del sol con el brillo más vívido que ningún otro cuerpo sólido. Lo llamaremos, pues, un diamante.

Por último, el agua se purifica o se combina, satisfecha de alcanzar la forma de una gota de rocío; pero si nos fijamos en sus procedimientos para llegar a una más perfecta consistencia, cristaliza en la forma de una estrella.

Y en vez de la raya de fango que obteníamos por la economía política de la competencia, obtenemos, por la economía política de la cooperación, un zafiro, un ópalo y un diamante, engarzados en una estrella de nieve.

J. Ruskin

(Trad. del inglés).

El maestro Ramón

«Maestro». Así lo llaman. De la destreza hermosa,
de la destreza, amigos, este hombre hizo su esposa.
Siembra su trigo; poda sus frutales; su viña
es como su hija dice: «La viña es una niña».

Es, en el modo rústico, carpintero cumplido;
entre talabarteros no es mal talabartero;
trabaja el hierro y dice: «Bah, yo no soy herrero».
Y hace una casa como un hornero su nido.

De sus manos, maestras de eficaces virtudes,
yo he visto brotar husos, sillas, harneros, puertas,
adobes, ranchos, riendas, regaderas, almudes,
herraduras, arados, anillos y compuertas...

Sobrio, bebe su vino diciendo a los muchachos:
«El vino es sólo para los que no son borrachos».

También su sueño es parco. Silba de mañanita
en su trabajo, alegre, según manda la ley.
No va a misa, no reza. Mas la dulzura habita
en su corazón como en el ojo del buey.

Pues así quiero honrarme, estrechando, oh, hermano,
en mi mano que sabe sólo del arte fútil,
y vibra aún del último verso escrito, tu mano
sucia, callosa y fértil en toda labor útil.

Luis R. Franco

Rep. Argentina.

Aguaterita

Surge de las hendiduras
como un lagarto, y avanza
por el cauce pedregoso
del río seco, descalza.

Con el ventrudo botijo
no sé qué trasgos espanta
dando mandobles al aire,
ambas manos en el asa...

Del abrupto murallón
de rocas sedimentarias,
un hilillo soñoliento
rumorosamente mana.

La chicuela bebe a sorbos,
con torpeza voluntaria,
pulverizando el cristal,
salpicándose la cara.

Luego coloca el botijo
y se queda ensimismada
escuchando la ascendente
vocalización del agua...

Por el cauce pedregoso
vuelve con preciosa carga.
Una diadema de sol
lucen las crenchas mojadas.

Rafael Alberto Arrieta

Rep. Argentina.

Un estante de libros escogidos

En la Administración del Repertorio Americano se venden los siguientes:

Francisco Contreras: *El pueblo maravilloso* (Novela)	₡ 3.50
Horacio Franco-Fombona: *Crímenes del imperialismo norteamericano*	4.00
Joaquín Rodas M: *Morazánida*	4.00
Roberto F. Giusti: *Florencio Sánchez* (Su vida y su obra)	3.00
Roberto F. Giusti: *Enrique Federico Amiel en su Diario Intimo*	3.00
Samuel A. Lillo: *Cantos filiales*	4.00
José Chovenda: *La condena en costas*	
A. L. Valverde: *Historia del comercio*	7.00
Rafael Heliodoro Valle: *Anfora Sedienta*	3.00
Guillermo Jiménez: *La de los ojos oblicuos*	2.50
Pedro Calamandrei: *Demasiados abogados*	4.75
R. Saleilles: *La posesión de bienes muebles*	10.00
J. Stuart Mill: *Autobiografía*	1.50
F. de la Vega: *Ideas y Comentarios*	5.00
E. Ziamatín: *De cómo se curó el doncel Erasmo*	2.25
Jaime Torres Bodet: *Margarita de niebla*	3.00
Medardo Angel Silva: *Poesías escogidas*	2.00
Luis L. Franco: *Coplas del pueblo* (1920-1926)	3.00
C. O. Bunge: *Historia del Derecho Argentino* (2 vols.)	10.00
Máximo Gorki: *Malva* y otros cuentos	0.50
Poema del Cid. Texto y traducción	2.00
R. Fernández de Velasco: *Los contratos administrativos*	13.50
José Vasconcelos: *Ideario de acción*	1.50
J. Ortega y Gasset: *Espíritu de la Letra*	3.50
Arturo Borja: *La flauta de ónix*	2.00
M. Meunier: *La leyenda de Sócrates*	3.50
Benito Lynch: *Las mal calladas*	4.00
R. Benedito: *Natura.* Cantos infantiles (Pasta)	8.00
Alberto Guillén: *Deucalión*	2.00
Xavier Icaza: *Gente mexicana.* (Novelas)	3.00
Santiago Argüello: *El alma dolorida de la Patria*	3.00
Rodolfo Sohm: *Instituciones de Derecho privado romano* 17.ª edición	17.00
Enrique Heine: *Memorias y Cuadros de Viaje*	**5.50**
Jorge Mañach: *Estampas de San Cristóbal*	4.00
Alfonso Reyes: *Cartones de Madrid*	1.00
Alberto Guillén: *El Libro de las Parábolas*	2.00
José Carlos Mariátegui: *La escena contemporánea*	3.00

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

Cervecería, Refresquería, Oficinas, Planta eléctrica, Taller mecánico, Establo.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

Cervezas

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

Refrescos

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

Siropes

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Revista Ariel

Autonomía Patria, Letras, Ciencias, Misceláneas.

Director: Froylán Turcios

Aparece el 1.º y 15 de cada mes en cuadernos de 20 páginas.

Tegucigalpa. Honduras

Centro América

Marciano Acosta

Alfredo Sánchez M.

Abogacía y Notariado

Apartado 399 — Teléfono 277

SAN JOSE, COSTA RICA

SASTRERIA

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

TELEFONO 1283

Acabando de recibir un surtido de casimires ingleses y contando con 20 operarios de los mejores del país, ofrecemos confeccionar vestidos a ₡ 140 y ₡ 150, así es señores que no hay que gastarse en lujos pagando altos precios en otras satrerías. También podemos confeccionar vestidos en buenas condiciones de pago. Contamos con telas de seda y piqué para chalecos de frac.

PINTURA DECORATIVA

Rótulos — Anuncios Comerciales Artísticos

LIDIO BONILLA P.

Pintura escenográfica - Dibujo en todo estilo para grabados

125 vs. al Sur de «El Aguila de Oro»



Lado Oeste Foto Hernández

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica